

## [DE CAIN Y ABEL.]

### EN LOS LIBROS DE CAIN Y ABEL ADVERTENCIA.

Ambrosio, al inicio del libro sobre la Encarnación del Señor, hablando de dos camareros de Graciano, hombres de la secta arriana, que fingidamente prometieron asistir a su sermón pero no cumplieron su palabra, declara que se dispone a volver a la historia de Caín y Abel. Así que, mientras ellos, dice, tal vez vienen, volvamos a estos agricultores que se han propuesto, de los cuales uno, es decir, Caín, etc. De lo cual, ciertamente, se puede sospechar que el comentario sobre Caín y Abel no fue publicado antes de que Ambrosio lo pronunciara. Y a esta conjetura parece añadirse alguna confirmación, ya que la misma fe que el santo varón explica a los arrianos en el libro sobre la Encarnación, también se recomienda mucho en la obra que tratamos, y en ambos se exponen las mismas palabras del Génesis de manera no muy diferente. Sin embargo, como la mencionada disertación sobre la Encarnación del Señor apenas se llevó a cabo antes del año 382, como se dirá en su lugar, de aquí tal vez alguien podría concluir que el tratado sobre Caín y Abel también debe atribuirse a ese tiempo. No obstante, para considerar este más antiguo, como contemporáneo de la obra sobre el Paraíso, nos inducen las primeras palabras del mismo. Allí, en efecto, el Santo Doctor dice: Sobre el Paraíso, dice, en lo anterior... hemos expuesto... Ahora abordemos la historia siguiente y prosigamos en nuestra obra con lo que está anexado según las Escrituras divinas. Estas palabras ciertamente no permiten dudar de que esta pequeña obra, que en dos manuscritos está escrita después del libro sobre el Paraíso, se titula el segundo libro sobre Caín y Abel, y que él mismo lo añadió a dicho libro; por lo cual creemos que fue escrito alrededor del año 375. Además de las conjeturas que propusimos en la advertencia anterior, también contribuye el carácter de ambas obras, que sin duda no presenta la madurez de otras, sino que, como diría Ambrosio, está en cierto modo en su juventud. Así que lo que él indica en el lugar de la comentación sobre la Encarnación del Señor mencionado anteriormente, que se dirige a Caín y Abel, creemos que se dijo porque tal vez la historia de ambos hermanos, cuya lectura se repetía anualmente en la Iglesia en un tiempo determinado, fue entonces leída al pueblo.

Lo que se trata en esta obra, tanto su título como lo que hemos dicho anteriormente, lo declaran suficientemente. En cuanto al método de tratar el tema, expone e ilustra su argumento casi siempre con interpretaciones místicas. Se detiene especialmente en explicar los sacrificios de Caín y Abel, en lo cual emplea la mayor parte de toda la comentación. Aunque aquí no se dedica tanto a refutar y confundir a los herejes como en el libro sobre el Paraíso; pero se entrega más libremente al estilo oratorio: sin embargo, a veces insinúa con bastante sutileza algunos dogmas de la fe católica que consideraba más útiles para imbuir las almas de los fieles. Lo que conduce a formar los hábitos, lo prosigue más extensamente y con mayor precisión.

Por lo tanto, no parecerá que hemos actuado temerariamente al suponer que esta obra fue primero pronunciada públicamente y luego redactada en la forma en que ahora se tiene. Aunque no se debe disimular que esto se advierte más fácilmente en otras obras ambrosianas, en las que aún existen modos de expresión oratoria.

Por otro lado, no podemos persuadirnos de que la división de esta obra provenga de Ambrosio. Preferimos atribuirle a algún erudito que, al advertir que casi todo lo que se trata en los dos libros de Filón se contiene en este tratado, juzgó que también debía dividirse en dos partes: pero lo hizo de manera tan inapropiada que puso el inicio del segundo libro donde ni siquiera debería comenzar un capítulo. Sin duda, sería mucho más conveniente que el

segundo libro comenzara en el lugar donde el santo varón se dispone a tratar sobre el segundo vicio del sacrificio de Caín. Sin embargo, como esa división, aunque absurda, ha llegado desde los manuscritos de la antigüedad hasta los tiempos de las ediciones, también nosotros hemos considerado que debe mantenerse para evitar cualquier confusión en las citas.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE CAÍN Y ABEL, DOS LIBROS.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Después de una breve transición del libro anterior a este, se trata del nacimiento de Caín y Abel; y se muestra que a través de ellos, al igual que a través de Esaú y Jacob, se prefiguran dos sectas de hombres opuestas entre sí.

1. Sobre el paraíso, en lo anterior, según nuestra capacidad, como pudimos, lo que el Señor infundió, encontramos los sentidos, expusimos, en los cuales se comprendió la caída de Adán y Eva. Ahora, puesto que aquella culpa no permaneció en los autores: sino que lo que es peor, encontró un heredero más deteriorado, abordemos la historia siguiente, y prosigamos en nuestra obra con lo que está anexado según las Escrituras divinas.

2. Adán conoció a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: He adquirido un hombre por Dios (Gén. IV, 1). Lo que adquirimos, se suele considerar de quién, por quién, y por qué lo adquirimos: de quién, como de la materia: por quién, quién es el autor: por qué, como por algún instrumento. ¿Acaso aquí dice: He adquirido un hombre por Dios; para que entiendas a Dios como instrumento? No, en absoluto: sino para que entiendas a Dios como autor y operador. Por lo cual, más bien se lo atribuyó a Dios, porque dijo: He adquirido un hombre por Dios, para que también nosotros, cuando adquirimos algo, o en todos los eventos favorables, más bien lo atribuyamos a Dios que nos lo arrogamos a nosotros mismos.

3. Y añadió que dio a luz a Abel (Ibid. 2). Cuando se añade algo, lo que antes era se quita. Y esto se deduce de las porciones de la aritmética, o de las reflexiones del alma: pues al añadir un número, se forma otro número, se borra el anterior: y un pensamiento nuevo que se añade excluye al anterior. Por lo tanto, cuando se añade Abel, se quita Caín. Lo cual se comprende más plenamente por la interpretación de los nombres. Caín, en efecto, significa adquisición, porque todo lo adquiría para sí mismo: Abel, que todo lo refería a Dios con una devota atención de mente, no arrogándose nada a sí mismo, como su hermano mayor, sino atribuyendo todo al creador lo que había recibido de él.

4. Así pues, hay dos sectas bajo el nombre de los dos hermanos que luchan entre sí y son contrarias. Una que atribuye todo a su mente como principal, y como a cierto autor de pensamiento, sentido y todo movimiento; es decir, que atribuye todas las invenciones al ingenio humano. Otra que atribuye todo a Dios como operador y creador de todo, y somete todo al gobierno de él como padre y rector. Aquella primera, se significa por Caín: esta última, se llama Abel. Estas dos sectas las engendra una misma alma; y por eso se consideran hermanas, porque se fundan en un mismo útero: pero son contrarias; porque es necesario que, una vez que han sido engendradas por el parto del alma, se dividan y separen. Pues no puede haber perpetuamente una misma morada para las que luchan entre sí. Finalmente, Rebeca, cuando estaba dando a luz dos naturalezas del ingenio humano, una de maldad, otra de bondad, y sentía que saltaban dentro de su útero (pues Esaú era tipo de malicia, Jacob llevaba

la figura de bondad), maravillada de qué era aquello que veía una cierta discordia en el feto concebido, consultó a Dios, para que revelara la pasión, diera el remedio. Así que a la que oraba se le dio esta respuesta: Dos naciones hay en tu vientre, y dos pueblos saldrán de tu seno (Gén. XXV, 23). Si lo refieres al alma, entenderás que es la misma generadora de bien y de mal, porque de la misma fuente del alma emanan ambos, pero esto suele ser de juicio sobrio y verdadero; para que, repudiado el mal, nutra lo que es bueno y lo confirme. Por lo tanto, antes de que dé a luz lo bueno, es decir, la reverencia debida a Dios; para que le atribuya todo a él, no se anteponga a sí misma: cuando ha engendrado la confesión que se atribuye a Dios, deposita la soberbia de su corazón. Añadiendo, pues, Dios el buen dogma del alma, Abel, quitó el dogma impío, Caín.

## CAPÍTULO II.

En Caín está la figura de los judíos, en Abel la de los cristianos. Con ocasión de esto se añaden algunas cosas sobre los patriarcas, pero especialmente sobre la sepultura de Isaac, por quien se expresa la encarnación de Cristo, y de Moisés, por quien se expresa su magisterio. Finalmente, se comparan entre sí las sepulturas de Moisés y de Cristo.

5. Sin embargo, en este lugar entiendo más bien el misterio de los dos pueblos según la Escritura, que Dios, añadiendo a su Iglesia la fe del pueblo piadoso, quitó la perfidia del pueblo transgresor, ya que las mismas palabras parecen significar esto, diciendo Dios: Dos naciones hay en tu vientre, y dos pueblos saldrán de tu seno (Gén. XXV, 23). Esta figura de la Sinagoga y de la Iglesia ya se anticipó en estos dos hermanos, Caín y Abel. Por Caín se entiende el pueblo parricida de los judíos, que persiguió la sangre de su Señor y autor, y según el parto de la virgen María, su hermano, por así decirlo. Por Abel se entiende al cristiano que se adhiere a Dios, como también dice David: Pero para mí, el acercarme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28); para que se una a las cosas celestiales y se separe de las terrenales. En otro lugar: Mi alma desfallece por tu palabra (Sal. CXVIII, 81); porque puso el orden de vivir y el uso no en los placeres terrenales, sino en el conocimiento de la palabra. De lo cual se entiende que tampoco está escrito ociosamente, sino con reflexión y examen, lo que leemos en los libros de los Reyes: Y fue reunido con sus padres (III Reg. II, 11 y 21). Se da a entender que fue semejante a sus padres en la fe. Por lo cual queda claro que no se refiere a la sepultura del cuerpo, sino a la compañía de vida.

6. Finalmente, de Isaac no se considera escrito superficialmente (Gén. XXXV, 29), que buscando la apariencia de este cuerpo que se unía a su alma, fue reunido con su linaje; porque se adhirió a las costumbres de su padre. Hermosamente, además, dice con su linaje, no con su pueblo, como en otro lugar. Pues leemos en otros lugares que fueron reunidos con su pueblo, pero estos no tan destacados: más destacado es quien fue semejante a pocos, y no a muchos: hay más en su pueblo que en su linaje; y se considera más excelente ser semejante a pocos que a muchos. Por lo tanto, quien fue engendrado por la promesa de Dios, quien fue elegido para el sacrificio de la piedad probada, quien se contentó con la compañía de una sola esposa, es decir, de la sola sabiduría, debe ser atribuido al linaje superior, que es uno y siempre coherente consigo mismo, no imitador de la vileza plebeya, según el testimonio de la Escritura divina. Pues donde hay trabajo, doctrina, meditación, allí hay una comunidad común con muchos, y una cierta asociación popular. Pues muchos progresan escuchando, a quienes llamó pueblo. Pero donde no se percibe la disciplina por tradición humana, sino por ingeniosa recopilación sin uso de trabajo, allí está la sinceridad incorrupta del linaje sublime. Y por eso Isaac, como don de Dios, se lee que fue reunido más con su linaje que con su

pueblo, para que reconozcas que fue un imitador diligente de las cosas divinas más que de las humanas.

7. Bienaventurada también es aquella mente que, superando la apariencia y el mismo linaje, merece escuchar lo que se dijo a Moisés, cuando fue separado del pueblo: Pero tú, quédate aquí conmigo (Deut. V, 31). Pues así como en Isaac el tipo de la encarnación del Señor, superando la costumbre de la generación humana, venció a los anteriores; de modo que en él no prevaleciera la gracia vulgar y popular, sino una prerrogativa especial, como enseña la lectura: Porque a Abraham fueron dichas las promesas y a su descendencia: no dice y a las descendencias como si fueran muchas, sino como a una, es decir, a tu descendencia, que es Cristo (Gál. III, 16): así también en Moisés, figura del futuro Maestro, que enseñaría la ley, predicaría el Evangelio, cumpliría el Antiguo Testamento, establecería el nuevo, daría alimento celestial a los pueblos, superó la dignidad de la condición humana hasta el punto de que se le otorgó el nombre de Dios, como tenemos escrito, diciendo el Señor: Te he puesto por Dios para Faraón (Éxodo VII, 1). Pues vencedor de todas las pasiones, y no cautivado por las seducciones del mundo, quien había cubierto toda esta morada según el cuerpo con la pureza de la conversación celestial, gobernando la mente, sometiendo la carne, y castigándola con una cierta autoridad real, fue llamado con el nombre de Dios, a cuya semejanza se había formado con la abundancia de la virtud perfecta.

8. Y por eso no leemos de él como de los demás, que muriendo falleció: sino que murió por la palabra de Dios (Deut. XXXIV, 5). Pues Dios no sufre deficiencia ni disminución, ni recibe adición. Por lo cual añadió la Escritura: Porque nadie conoce su sepultura hasta el día de hoy (Ibid. 6), para que entiendas más bien su traslación que su muerte. Pues la muerte es una cierta separación del alma y el cuerpo. Murió, por lo tanto, por la palabra de Dios, como dice la Escritura, no según la palabra; para que adviertas que no se expresa un anuncio de muerte, sino un don de gracia, quien fue más bien trasladado que abandonado, cuya sepultura nadie conoce. Pues ¿quién podría encontrar sus restos en la tierra, a quien el Hijo de Dios demostró estar con él en el Evangelio (Mat. XVII, 3)? Finalmente, también se vio a Elías al mismo tiempo, quien fue trasladado en un carro, no se lee que fue sepultado ni muerto (IV Reg. II, 11). Pues vive quien está con el Hijo de Dios. Moisés, sin embargo, se lee que murió, pero por la palabra de Dios, por la cual fueron firmados los cielos. Por la palabra de Dios, por lo tanto, no es una caída de la obra, sino un firmamento. No se le encuentra, por lo tanto, como caído en la tierra por la disolución del cuerpo, sino como donado y agraciado por la operación de la palabra celestial; para que su carne más bien recibiera descanso que sepulcro.

9. Bien se mantiene la distancia entre el señor y el siervo. Para que entiendas la prerrogativa del señor, la gracia del siervo, se lee de Moisés que nadie conoce su sepultura: pero de Cristo, su sepultura fue quitada de la tierra (Isaías LIII, 8); porque aquel, según el misterio de la ley, esperaba la redención, para resucitar: este, según el don del Evangelio, no esperaba la redención, sino que la otorgaba. Y por eso su sepultura no fue ignorada, sino elevada, que la criatura no pudo retener por más tiempo; porque por él toda criatura se apresuró a ser elevada de los servicios de la corrupción. Nadie, por lo tanto, conoce la sepultura de Moisés, porque todos conocen su vida: pero hemos visto la sepultura de Cristo; pero ahora ya no la conocemos, quienes hemos reconocido su resurrección. Pues debía conocerse su tumba, para que se manifestara la resurrección; y por eso en el Evangelio (Mat. XXVII, 60 y ss.) se describe la tumba con la máxima expresión: en la ley no se busca; porque aunque la ley anunció su resurrección (Isaías XI, 10), sin embargo, la serie del Evangelio nos la ha comprobado plenamente.

### CAPÍTULO III.

Por Abel y Caín se designa el progreso de la sabiduría humana, que solo en Cristo no se encontró; por el orden en que se nombran ambos hermanos, así como por sus oficios, se significa que Abel, aunque más joven, es más excelente que su hermano.

10. Así que, para completar lo que propusimos: Añadió, dice, que dio a luz a Abel, es decir, Eva, que antes había pecado gravemente, generó de sí misma una sentencia mejor para abolir el error de la sentencia anterior. Miento si esto no se comprueba en todos. Pues nacemos de tal manera que primero hay en nosotros un sentido débil de la infancia, luego una niñez que solo sabe cuidar del cuerpo, sin ningún culto, sin ninguna observancia de las cosas divinas. Por lo cual, para probar el profeta el nacimiento de Jesús Cristo de una virgen con una novedad evidente de la naturaleza, dice: He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emanuel: comerá mantequilla y miel, porque antes de que sepa el mal o el bien: no creerá en la malicia, para elegir lo que es bueno (Isaías VII, 14 y ss.). Y más adelante: Antes de que el niño sepa llamar a su padre y a su madre, tomará el poder de Damasco y los despojos de Samaria contra el rey de Asiria (Isaías VIII, 4). Pues solo él no fue capturado por la vanidad de este mundo y la soberbia carnal; como quien se humilló haciéndose obediente hasta la muerte, muy diferente de cada uno de nosotros, porque nosotros nos envanecemos en vano, inflados en la mente de la carne. Por lo cual, nadie sin pecado, ni siquiera el infante de un solo día: pero él no cometió pecado. Y por eso en nosotros primero nace Caín, prefiriéndose a sí mismo: después se genera Abel, en quien hay reverencia a la divinidad. Primero, por lo tanto, se infiltra lo que es malo, después se reconoce lo que es bueno. Donde hay bien, hay justo; donde hay justicia, hay santidad, es decir, Abel que se adhiere a Dios.

11. Y se hizo, dice, Abel pastor de ovejas, pero Caín trabajaba la tierra (Gén. IV, 2). No es casual que, aunque Caín fue engendrado antes, como enseña la lectura, Abel sea preferido en este lugar; ni que el orden de los nombres sea el mismo que el orden de la naturaleza. ¿Qué significa el cambio de orden, para que primero se mencione al más joven cuando se describe el estado de vida y el uso del trabajo? Preguntemos por la diferencia de oficios para reunir la causa de la preferencia. Trabajar la tierra es más común en uso, pero inferior en gracia, que pastorear ovejas. Esto es como un maestro y líder, y con razón el mayor comenzó con lo más antiguo, el menor prefirió lo más reciente, que no germinaría espinas ni abrojos, ni estaría sujeto a ninguna sentencia. Finalmente, Adán, culpable de pecado, fue expulsado del paraíso de la delicia para trabajar la tierra. Por lo tanto, cuando nacen estos hermanos, también se mantiene el orden de la naturaleza en la predicación: pero cuando se expresa la disciplina de la vida, el menor se antepone al mayor; porque aunque más joven en tiempo, es superior en virtud. La inocencia es posterior en tiempo que la malicia, y de cierta edad similar, pero más antigua en nobleza de méritos. La vejez es venerable, no por los años, sino por las costumbres. Y la edad, dice, de la vejez es una vida inmaculada (Sab. IV, 8). Donde se expresa la generación, que Caín preceda: donde se hace la predicación de las disciplinas, que Abel preceda. ¿Quién negará que la adolescencia, incluso en los comienzos de la juventud, arde con las diversas seducciones de las pasiones? Pero cuando llega una edad más madura, como si la tempestad de la lascivia juvenil se disipara, se restablece la tranquilidad, y el barco del alma cansada se retira a algunos puertos tranquilos. Así, los graves movimientos de nuestra adolescencia se apaciguan en el refugio seguro de la vejez.

### CAPÍTULO IV.

La malicia es anterior en tiempo, la virtud en dignidad: Esto mismo se designa a través de Esaú y Jacob, así como a través de dos mujeres de la Escritura; una es imagen de la virtud, la otra de la voluptuosidad. Finalmente, se describen las artes de esta última.

12. No dudes, por lo tanto, advertido por tales ejemplos de la naturaleza, que la malicia precede en tiempo, pero se debilita con la fragilidad. Aquella tiene el salario de la edad; pero la virtud tiene la prerrogativa de la gloria, por la cual a menudo el injusto cede al justo. De esto es testigo la fiel Escritura divina, que enseña que Esaú, apodado el hombre de la necesidad, pacientemente cedió sus primogenituras a su hermano Jacob; de modo que dijo: ¿Para qué me sirve la primogenitura? (Gén. XXV, 32). Pero aquellos que este despreció, aquel hombre dotado del apodo de ejercicio buscó merecer. ¿No te parece que Esaú, como vencido en la lucha, y considerando su propia debilidad mental, cedió la corona al vencedor, a quien veía no inclinarse ante las seducciones de las pasiones, cuyo polvo él no podía soportar? ¿Para qué me sirve, dice, la primogenitura? Porque entre los perezosos no hay insignias de virtud, entre los sabios se consideran las primeras; porque los estudios de la virtud son ciertos instrumentos. Así como un guerrero no puede estar sin armas, tampoco la virtud sin ejercicio. Por eso el Señor en el Evangelio dice: Desde los días de Juan el Bautista, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI, 12). Y en otro lugar: Buscad el reino de Dios, y he aquí que todo está a vuestra disposición (Mat. VI, 33). No a los que duermen, ni a los ociosos, sino a los vigilantes y trabajadores se prometen las recompensas: y la recompensa está preparada para el trabajo, que aunque no sea agradable en gracia, sin embargo, es fructífero en premio.

13. Esto lo enseña la palabra de la ley, como encontramos escrito: Si un hombre tiene dos esposas, una amada y otra odiada, y ambas le dan hijos, la amada y la odiada, y el primogénito es hijo de la odiada; el día que deje herederos a sus hijos en su sustancia, no podrá dar la primogenitura al hijo de la amada, omitiendo al hijo de la odiada: sino que reconocerá al primogénito hijo de la odiada, dándole una dote de todo lo que se encuentra en él; porque él es el principio de sus hijos, y a él se deben las primicias (Deut. XXI, 15 y ss.). ¡Qué profundos secretos de misterios yacen en las letras! Reconoce, alma, tus partos, y busca el misterio de esta mujer odiada. Dentro de ti los encontrarás, si los buscas. Repite tus pensamientos, relea tus sentidos, y reconocerás a quién se deben las primicias. Dos mujeres cohabitan con cada uno de nosotros, disidentes en enemistades y discordias, llenando la casa de nuestra alma con ciertas contiendas de celos. Una de ellas nos es de dulzura y amor, una conciliadora amable de gracia, que se llama voluptuosidad. La consideramos nuestra compañera y doméstica: a la otra la creemos implacable, áspera, feroz, cuyo nombre es virtud.

14. Aquella, por lo tanto, provocativa con movimiento meretriz, con paso quebrado por las delicias, con ojos vacilantes, y lanzando redes con párpados juguetones, con las que captura las preciosas almas de los jóvenes (porque el ojo de la meretriz es lazo del pecador), a quienquiera que vea pasar con sentido dudoso en la esquina del paso de su casa, lo aborda con palabras graciosas, haciendo volar los corazones de los jóvenes, inquieta en casa, vaga en las calles, pródiga en besos, vil en pudor, rica en vestimenta, pintada en las mejillas. Porque como no puede tener la verdadera belleza de la naturaleza, se adorna con afeites adulterados para mostrar una apariencia de belleza afectada, no la verdad. Rodeada de un séquito de vicios y un cierto coro de maldades, líder de crímenes, ataca con tales máquinas de palabras el muro de la mente humana: Es un sacrificio de paz para mí, hoy cumplo mis votos: por esta razón salí a tu encuentro, deseando encontrar tu rostro. He tejido mi cama con sábanas, y la

he cubierto con tapices de Egipto. He rociado mi cama con azafrán, y mi casa con canela. Ven, disfrutemos de la amistad hasta el amanecer: ven, y luchemos con deseo (Prov. VII, 14 y ss.). Esta es la imagen de la fornicaria que vemos expresada por la boca de Salomón. Pues, ¿qué es tan meretriz como el placer mundano que entra por la ventana de su casa, preludiando las primeras tentaciones con los ojos; y penetra rápidamente si tú, mirando hacia la calle, es decir, en las vías públicas de los transeúntes, no diriges la mirada de tu mente a los misterios internos de la ley? Ella es ciertamente la que tejió con vínculos más fuertes una especie de lecho de comunidad asociada a nosotros, de modo que quien se reclina, queda atado; y cubre con el velo de un fraude vergonzoso el lecho de su cuerpo, sugiriendo la ausencia del marido para tentar las mentes de los jóvenes, es decir, la negligencia de la ley. La ley está ausente para los pecadores, porque si estuviera presente, no se pecaría; y por eso dice: Porque mi marido no está en casa: se ha ido por un camino muy largo, llevando consigo una bolsa de dinero en la mano (Ibid., 19, 20). ¿Qué diré que es esto, sino quizás que los ricos piensan que no hay nada que no ceda a su dinero, y quieren que la ley esté a la venta para su favor? El placer esparce sus olores, porque no tiene el aroma de Cristo, muestra tesoros, promete reinos, ofrece amores continuos, promete concubinatos inexplorados, disciplinas sin tutor, discursos sin monitor, vida sin preocupación, sueño suave, deseo insaciable. Seduciendo, dice, con mucho halago de palabras, y atando con los lazos de sus labios, lo atrajo hasta su casa. Pero él, siguiéndola, es engañado (Ibid., 21). El palacio brillaba con lujo regio, con paredes esculpidas, y los suelos húmedos nadaban en vino. La tierra ardía con unguento, cubierta de espinas de peces, y ya resbaladiza con flores marchitas. Allí el tumulto de los comensales, el clamor de los que discuten, el asesinato de los que litigan, el concierto de los que cenan, el ruido de los que bailan, la risa de los que ríen, el aplauso de los que se divierten, todo confuso, nada en orden natural. Bailarinas rapadas, y niños con el cabello rizado, la crudeza de los comensales, el eructo de los que comen, la sed de los ebrios, la resaca de ayer, la embriaguez de hoy, las copas llenas de vómito de los bebedores con un olor mayor a embriaguez que si solo fueran vinos recientes. Ella, de pie en medio, dice: Bebed y embriagaos, para que cada uno caiga y no se levante. Aquel es el primero para mí, que es el más perdido de todos. Aquel es mío, que no es suyo. Aquel me es más grato, que es más necio para sí mismo. El cáliz de oro de Babilonia en mi mano embriaga toda la tierra, de mi vino han bebido todas las naciones. ¿Quién es, pues, más insensato que se desvíe hacia mí, y a los que carecen de sabiduría les ordeno diciendo: Usad con dulzura los panes escondidos, y bebed el agua robada más dulce. Comamos y bebamos; porque mañana moriremos. Nuestra vida pasará como las huellas de una nube, y se disipará como la niebla (Prov. IX, 17). Venid, pues, disfrutemos de los bienes que hay, y usemos la creación como en la juventud rápidamente. Llenémonos de vino precioso y unguentos, y no nos pase el florecer del tiempo. Coronémonos con rosas antes de que se marchiten. No haya prado que no atraviere nuestra lujuria: en todas partes dejemos señales de alegría (Sab. II, 8 y ss.). Todo esto se deja, nadie llevará consigo nada, excepto lo que haya percibido con el placer del cuerpo. Finalmente, yo instituí esta Filosofía; y no hay otra más verdadera, excepto aquella que afirma que el bien es lo que es suave y placentero. Por lo tanto, creed en la Filosofía o en la sabiduría de Salomón.

## CAPÍTULO V.

La virtud, solicitada por el placer, aconseja cosas más sanas; enseña cómo resistir las tentaciones diabólicas, y de quién también deben buscarse las cosas temporales, y cuán dañinas son para los impíos; invita al banquete de la sabiduría, y explica cómo su embriaguez se diferencia de la embriaguez del vino; y finalmente declara los males de la avaricia.

15. Al escuchar esto, como un ciervo herido en el hígado, permanece herido. La virtud, compadeciéndose de él y viendo que pronto caerá, se le presenta de improviso, temiendo que entre las demoras las seducciones halagadoras capturen la mente humana. Aparecí, dice, abiertamente a ti que no me buscabas. No te engañe la imprudente, y te rodee la mujer desenfrenada y lujuriosa que no conoce la vergüenza: se sienta en las puertas de la casa en una silla, llamando abiertamente en las calles a los transeúntes (Prov. IX, 14 y 15). Ahora, pues, hijo, escúchame, atiende a las palabras de mi boca. No desvíe tu corazón hacia sus caminos. Porque ha derribado a muchos hiriéndolos, y son innumerables los que ha matado. Los caminos de su casa son los del infierno, conduciendo al retiro de la muerte (Prov. VII, 24 y ss.). Aparta, pues, de ti la boca perversa y aleja de ti los labios injustos. Tus ojos vean lo recto (Prov. IV, 24 y 25): no prestes atención a la mujer engañosa (Prov. V, 2). Porque miel destilarán de los labios de la mujer fornicaria, que por un tiempo engorda tus fauces, pero después la encontrarás más amarga que la hiel. El día me faltaría antes de exponer sus vicios, que sin embargo están descritos y expresados en los Proverbios por la boca de la sabiduría (Prov. VI, 24 y ss.). No te venza la concupiscencia de la forma. Es adulterina, cubierta de afeites, no resplandeciente con verdadero y sincero decoro. Ni te dejes atrapar por los ojos; porque están rodeados de redes (Cant. II, 8 y 9). Sé más bien semejante a aquel y sigue a quien salta sobre los montes, y salta sobre las colinas, mirando por las ventanas, sobresaliendo sobre las redes. Los vínculos del placer son malos. Deleita los ojos, halaga los oídos, pero mancha la mente: miente mucho, añade falsedades, sustrae verdades, promete dinero, ofrece oro; pero quita la disciplina (Prov. VIII, 10). Tú, sin embargo, toma más bien la disciplina que el dinero, y el conocimiento sobre el oro probado. Porque es mejor que las piedras preciosas (Prov. III, 10 y ss.). No te ocultaré lo que se dice de ella, para no parecer que cubro lo que desagrade en el placer, y oscurezco lo que agrada. Porque eleva y exalta la mente con palabras persuasivas, muestra todos los reinos de la tierra, diciendo: todo esto te daré, si postrándote me adoras. Allí ten cuidado de no ser arrebatado por lo que pasa y no permanece, en lo que hay gran tentación.

16. Ciertamente el Señor Jesús te enseñó cómo resistir tales tentaciones. El diablo tendió primero el lazo de la gula diciendo: Si eres hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan (Mat. IV, 3 y 4). Respondió el Señor: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. Desechó el lazo con esta palabra. El diablo puso de nuevo el segundo lazo de la jactancia, que también suele estrangular la buena mente que corre por caminos prósperos: Y lo llevó, dice, a Jerusalén, y lo puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, lánzate de aquí. Porque está escrito que a sus ángeles mandó acerca de ti, para que te guarden, porque en sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra (Ibid. 5 y 6). Así que, aunque el Señor Jesús podía lanzarse sin ningún peligro, a quien le sobraban vuelos espirituales; sin embargo, para que no fuera un tipo de jactancia, respondió al diablo: No tentarás al Señor tu Dios (Ibid., 7). Al mismo tiempo nos enseñó a tener cuidado de no hacer la voluntad del diablo. Si, por lo tanto, realmente debe evitarse la jactancia, cuánto más nadie debe jactarse de falsedades por verdades. El tercer lazo es el de la avaricia y la ambición. Mostró en un monte todos los reinos del mundo en un momento de tiempo (Ibid., 8, y ss.). Bien en un momento, porque no pueden ser duraderos. Espera un poco, y pronto pasan. Así que quienes los siguen, se ven a sí mismos en un monte: pero no son perpetuos, como tienes escrito: Vi al impío superexaltado y elevado sobre los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí que no estaba (Sal. XXXVI, 35). Pero quien los considera de gran valor, parece adorar al diablo, cuyo dios es el vientre, y en lo vergonzoso está su gloria. Tú, sin embargo, busca la gloria en Dios, quien te dice: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (Mat. IV, 10), de quien recibirás lo eterno, no lo temporal.

17. Sin embargo, si a alguien también le agradan estas cosas, que se pidan de manera más moderada a quien es la verdadera fuente de todo. Porque incluso las cosas peculiares que el diablo parece poseer, son ajenas, como él mismo dijo: Te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí me han sido entregados (Ibid., 9). Por lo tanto, espera de aquel que creó toda la creación, quien las entregó al diablo por un tiempo, no para que las posea, sino para que tiene. Porque no podía haber corona sin lucha. Los dudosos debían ser probados, para que los justos fueran coronados.

18. Así que las dio al diablo, porque en estas mismas cosas está el castigo del que las recibe, si no sabe usarlas. Porque, ¿qué es un tesoro para el lujurioso, sino un gasto de lujuria? Por lo cual no se prueba lujurioso, sino frugal. Y por eso usa más bien como frugal lo que se te presenta, para que no, cuando comas mucho, te vuelvas odioso: Porque las vigiliias y los tormentos son para el hombre glotón (Ecli. XXXI, 23). Y más adelante: Si fueres obligado a comer, levántate y vomita, y te refrigerará, y no traerás enfermedad a tu cuerpo (Ibid., 25). Así que muchos han sido muertos por su gula, ninguno por la frugalidad: innumerables han sido dañados por el vino, ninguno por la moderación. Muchos han derramado sus almas en los banquetes, y han llenado las mesas con su propia sangre. A otros la crudeza les ha arrebatado la voz y el sentido: y si a algunos la crudeza no les ha sido dañina, la embriaguez les ha causado ruina. Porque la embriaguez ha llevado a algunos al crimen; y aunque ella misma sea un crimen, ha llevado a otros a la indigencia. Finalmente, escucha a quienes excluye Cristo: Cuando el padre de familia haya entrado, y haya cerrado la puerta, comenzaréis a estar fuera, y a golpear la puerta diciendo: Ábrenos. Y respondiendo dirá: No sé de dónde sois, apartaos de mí, todos los obreros de iniquidad. Entonces comenzaréis a decir: Comimos delante de ti, y bebimos, y en nuestras calles enseñaste. Y os dirá: No sé de dónde sois (Luc. XIII, 25 y ss.). Has oído lo que dijo de los que comen. Ahora escucha lo que dice de los que ayunan: Bienaventurados los que ahora tienen hambre y sed, porque serán saciados (Luc. VI, 21). Y más adelante; Ay de vosotros que estáis saciados, porque tendréis hambre (Ibid., 25).

19. ¿Pero deseas comer, deseas beber? Ven al banquete de la sabiduría que invita a todos con gran proclamación diciendo: Venid y comed de mis panes, y bebed del vino que he mezclado para vosotros (Prov. IX, 5). ¿Te deleitan los cánticos que suavizan al comensal? Escucha a la Iglesia exhortando, escucha a la Iglesia cantando, no solo en cánticos, sino también en el Cantar de los Cantares: Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, padres míos (Cant. V, 1). Pero esta embriaguez hace sobrios; esta embriaguez es de gracia, no de embriaguez. Genera alegría, no tambaleo. No temas que en el banquete de la Iglesia te falten fragantes olores, dulces manjares, diversas bebidas, nobles comensales o servidores decentes. ¿Qué hay más noble que Cristo, quien en el banquete de la Iglesia tanto ministra como es ministrado? Únete a este comensal reclinado, y únete a Dios; no desprecies la mesa que Cristo eligió diciendo: He entrado en mi jardín, hermana mía, esposa mía, he recogido mi mirra con mis aromas: he comido mi pan con mi miel, y he bebido mi vino con mi leche (Ibid.). En el jardín, es decir, en el paraíso, está el banquete de la Iglesia, donde estaba antes Adán, antes de cometer pecado. Allí se reclinaba Eva antes de crear y dar a luz la culpa. Allí cosecharás mirra, es decir, la sepultura de Cristo; para que, sepultado con Él por el bautismo en la muerte, así como Él resucitó de entre los muertos, también tú resucites. Allí comerás el pan que fortalece el corazón del hombre. Probarás la miel, que endulza el paso de tus gargantas. Beberás vino con leche, es decir, con esplendor y sinceridad: ya sea porque es pura simplicidad; ya sea porque es gracia inmaculada, que se toma para la remisión de los pecados; ya sea porque amamanta a los pequeños con el consuelo de sus pechos, para que,

destetados en delicias, crezcan en la plenitud de la edad perfecta. Entra, pues, en este banquete. ¿Temes que la casa sea estrecha y el lugar del banquete te oprima? ¡Oh Israel, cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su posesión! Grande, y no tiene fin, alto, e inmenso (Baruc. III, 24). Allí estuvieron aquellos gigantes, que desde el principio fueron de gran estatura, conocedores de la batalla. No los eligió el Señor. Y con razón no los eligió, porque conocían la batalla, no la paz. Y por eso tú aprende la paz, para que seas elegido por Dios. Pero no pienses que la grandeza de la casa es desordenada, y que te deleiten los pórticos columnados: la sabiduría se edificó una casa, y adornó sus columnas con siete. El mismo Señor Jesús recuerda que hay muchas moradas en la casa de su Padre (Juan XIV, 2). En esta casa, pues, te banquetearás con los alimentos del alma y las bebidas de la mente; para que después no tengas hambre, ni sed jamás. Porque quien come, come hasta la saciedad; y quien bebe, bebe hasta la embriaguez.

20. Pero esta embriaguez es guardiana de la castidad: aquella embriaguez del vino es el combustible de la lujuria, por la cual se calientan las entrañas internas a través de la carne, el ánimo se enciende, el alma se consume. La lujuria es un cruel aguijón de crímenes, que nunca permite que el afecto permanezca en calma. Hierve de noche, jadea de día, despierta del sueño, aparta del negocio, desvía de la razón, quita el consejo, inquieta a los amantes, inclina a los caídos, acecha a los castos, inflama al beber, se enciende con el uso. No hay límite para pecar, y la sed de crímenes es insaciable, no puede extinguirse sino con la muerte del amante. Y por eso dice el Apóstol: Huid de la fornicación (I Cor. VI, 18); para que con rápida huida podamos evitar la furia de una señora furiosa, y salir de un servicio tan vil.

21. Pues, ¿qué diré de la avaricia, del insaciable deseo de dinero, y de una cierta lujuria del aire, que cuanto más roba, más pobre se cree? Envidiosa de todos, vil para sí misma, en las mayores riquezas pobre, debilita con el afecto lo que abunda en riqueza. No hay límite para robar, donde no hay medida para desear. Así inflama el ánimo, así lo alimenta con su fuego, que en este lugar se diferencia en que aquella es adúltera de formas, esta de tierras. Sacude los elementos, surca el mar, excava la tierra, fatiga el cielo con sus votos, ni agradecida con el sereno ni con la nube, condena las cosechas anuales, y acusa los frutos de la tierra. Pero esta es una enfermedad del alma, no salud. Finalmente, el Eclesiastés dice: Hay un mal languor que he visto bajo el sol, las riquezas guardadas para el mal de quien las posee (Ecle. V, 12). Y más arriba: Quien ama el dinero, no se saciará de dinero (Ibid., 9). Y: No hay fin para su adquisición (Baruc. III, 18). Si buscas tesoros, toma los invisibles y ocultos que están en las alturas del cielo, no los que buscas en las venas de la tierra. Sé pobre de espíritu, y serás rico con cualquier riqueza; porque la vida del hombre no está en la abundancia de riquezas, sino en la virtud y la fe. Estas riquezas te harán verdaderamente rico, si eres rico en Dios.

## CAPÍTULO VI.

La virtud se adquiere con estudio y trabajo. Esto se prueba con el ejemplo de Jacob, quien obtuvo la primacía sobre su hermano; y se exponen los misterios de Abraham, Moisés, y de estos dos hermanos.

22. Has escuchado los misterios del placer, también has escuchado los dones de nuestras riquezas, que yo no consideraré cubrir con mobiliario, sino mostrar con las palabras desnudas de la Escritura; para que brillaran con su propia luz, y emitieran su propia voz por sí mismas. Pues ni el sol ni la luna necesitan intérprete. Tienen como intérprete el resplandor de su luz, con el cual todo el orbe está lleno. Para ellos, la iluminación es fe sin índice, un testigo, por así decirlo, sin testamento que no necesita testimonio ajeno, ya que de repente se derrama

ante los ojos de todos. Por tanto, nuestras obras no se anuncian, sino que claman, y se anuncian a sí mismas. Ciertamente, para no pasar por alto también esto que se considera laborioso en nuestras cosas, se requiere fe, se desea estudio, se buscan hechos. Pues con estas tres cosas el Señor Jesús definió los deberes de la devoción humana diciendo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá (Mat. VII, 7). Y más adelante: Todo aquel que oye estas palabras mías, y las hace, será semejante a un hombre sabio (Ibid., 24).

23. Quien haya seguido esto con diligencia, recibirá la primacía de la bendición, como el patriarca Jacob, quien con continencia y fe suplantó las huellas humanas de las pasiones. Este dijo: Dios ha tenido misericordia de mí, y tengo todo (Gen. XXXIII, 11). Así pues, merezcamos esta misericordia con fe, estudio y obras, con las cuales Israel encontró la gracia de Dios, y por ella todo. Pues no se alegraba de las riquezas de este mundo, sino de las disciplinas de las virtudes que le eran suficientes. Sustituyamos estas como herederas nuestras, las cuales el santo Abraham sustituyó en su hijo Isaac, asignándole toda la herencia de sus obras al hombre sabio y justo, y no dejando ningún derecho hereditario a las siervas o a los hijos de las siervas, sino solo los dones de la donación. Pues las virtudes perfectas reciben toda la herencia de la gloria, a las cosas comunes y mediocres se les rocía algo vil. Y por eso Agar, que en latín significa extranjera y residente, y Cetura, que significa fragante, no son herederas. Pues quien usa disciplinas medias, es residente, no habitante de la sabiduría. Se rocía con el olor, no se llena con el fruto. Sin embargo, el alimento, no el olor, trae salud, porque el olor es el mensajero de los frutos. Por tanto, reconocemos que las disciplinas principales deben ser preferidas a los residentes.

24. Esto según el ingenio. Pero según el misterio, Abraham, padre de las naciones, transfirió toda la herencia de su fe a su legítima descendencia, que es Cristo, quien en esta tierra fue como un extranjero; para que reflejara más el olor de esta vida que el fruto. Cuando la mente escucha esto, se aparta del placer, y se une a la virtud, admirando la gracia del verdadero decoro, el afecto puro, la sentencia simple, la vestimenta moderada, es decir, no en la persuasión del discurso, sino en la demostración del Espíritu (I Cor. II, 4), tal como es la forma de la sentencia apostólica, el vestido de la sabiduría y la piedad resplandeciendo más que todo el oro precioso, entonces acogiendo el coro de la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia que ardían con el olor de las disciplinas, infundiendo reverencia, infundiendo gracia. Así que, movida por tales estudios de virtud, eligió aquellos en los que Jacob, hombre lleno de ejercicio, dirigió su mente. Y por eso se le presenta como pastor de ovejas (Gen. XXX, 31 y ss.); porque gobernar el cuerpo y sus sentidos y placeres, y mantener la medida del voto, para que no vague incierta como una oveja, se considera más valioso que gobernar pueblos o presidir ciudades. Pues es más difícil que alguien se gobierne a sí mismo que a otro. Vencer el ánimo, contener la ira, y reunir en uno las leyes opuestas de la carne y la mente es propio de un hombre inmortal que no será capturado por la puerta del infierno. Finalmente, el mismo Legislador se reivindicó este oficio; para que pastoreara las ovejas de Jetro (Exod. III, 1), que se dice superfluo, y actuara en el desierto: porque reunió ciertos misterios indiscretos de doctrina sobria con la irracionalidad y la locuacidad del discurso superfluo y vulgar. Y por eso los pastores de ovejas eran abominación para los egipcios. Pues todos los que se entregan a las pasiones del cuerpo y a sus placeres, evitan con cierta execración al disertador de la palabra y al maestro de la virtud. Y por eso, a través de estos enigmas, Moisés enseñó (Gen. IV, 4) que los sacrificios aptos para Dios son aquellos que todo insensato rechaza, es decir, las obras y preceptos de la virtud. Y por eso se lee que Abel era pastor, pero Caín era labrador de la tierra, quien, siendo un hombre insensato, no pudo soportar la forma y apariencia de la virtud expresada en su hermano.

## CAPÍTULO VII.

Indicando el doble defecto del sacrificio de Caín, muestra que tres vicios pueden infiltrarse en nuestras ofrendas; y también presenta testimonios divinos que proscriben esos mismos vicios.

25. Y sucedió que, después de algunos días, Caín ofreció del fruto de la tierra un presente al Señor (Gen. IV, 3). Doble culpa: una, que lo ofreció después de algunos días, otra, que lo ofreció del fruto, no de los primeros frutos. El sacrificio se recomienda tanto por la celeridad como por la gracia. Por eso se ha ordenado: Si haces un voto, no tardes en cumplirlo. Es mejor no hacer un voto, que hacer un voto y no cumplirlo (Ecle. V, 3, 4). Pues cuando tardas, no cumples. El voto es la petición de bienes a Dios con la promesa de cumplir con el don. Y por eso, cuando has obtenido lo que pediste, es de ingrato retrasar lo prometido. Pero a veces se infiltra el olvido de lo obtenido, ya sea por negligentes o por soberbios y altivos. Atribuir los eventos a uno mismo es de mente obtusa, y atribuir el bien que hace o que obtiene de Dios a sus propias virtudes, y no atribuirlo a la gracia del autor, sino considerarse a sí mismo el autor de sus propios bienes. El tercer tipo es de pecado menor, pero igual de arrogante, de aquellos que no niegan que Dios es el dador de bienes: pero consideran que lo que les ha sucedido les ha sido otorgado por derecho debido a su prudencia y los méritos de sus otras virtudes. Por eso también se consideran dignos de la gracia divina, porque no parecerían indignos de recibir tales cosas por los beneficios divinos.

26. Para que no suceda algo de este tipo, por lo cual tu voto se convierta en pecado para ti, la ley te ha informado e instruido, diciendo el Señor que dio la ley: Cuidate de no olvidar los beneficios del Señor tu Dios, y de no guardar sus mandamientos, juicios y justicias que te mando hoy; no sea que cuando hayas comido y te hayas saciado, y cuando hayas edificado buenas casas y comiences a habitar en ellas, y cuando tus ovejas y tus bueyes se hayan multiplicado, y cuando te hayas llenado de plata, oro y todo lo que poseas, y tus graneros estén llenos, se enaltezca tu corazón, y olvides al Señor tu Dios (Deut. VIII, 11 y ss.). Entonces olvidas al Señor, cuando te olvidas de ti mismo. Si reconoces que eres débil, reconocerás que Dios está por encima de todo, y no podrás ser olvidadizo, para que le pagues la reverencia debida.

27. Aprende ahora cómo se advierte a cada uno, para que no se considere a sí mismo el autor de sus bienes. No digas, dice, en tu corazón: Mi fuerza y mi poder han hecho esta gran virtud para mí: sino que tendrás en tu mente al Señor tu Dios; porque Él da fuerzas para que hagas virtudes (Ibid. 17 y 18). Por eso bien el Apóstol (I Cor. XV, 9) como intérprete de la ley no se gloriaba en su virtud: sino que decía ser el menor de los Apóstoles, y que lo que era, era por la gracia divina, no por su mérito, y que no tenemos nada que no hayamos recibido. Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? Si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Has aprendido, pues, a seguir más la humildad que la arrogancia; a buscar la diligencia más que el poder. Has recibido preceptos saludables, no descuides los instrumentos útiles de la medicina, con los cuales se corta toda fibra de la herida letal.

28. Aquel también que se justifica, para que no se infle con el tumor de su corazón; él mismo ha recibido un mandato saludable, con un oráculo resonante en este sentido: No digas en tu corazón, cuando el Señor tu Dios comience a consumir esas naciones de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha introducido el Señor para poseer esta tierra: sino que por la iniquidad de esas naciones el Señor las ha exterminado de delante de ti (Deut. IX, 4 y 5). No por tu justicia, no por tu bondad, ni por la equidad de tu corazón entras a poseer esta tierra: sino que por la iniquidad de las naciones el Señor las destruirá de delante de ti, y restituirá tu

Testamento que juró a tus padres. El Testamento es la gracia perfecta de Dios; pues Dios no da nada imperfecto: pero la virtud es perfecta, y las obras de la virtud. El Testamento se dice, por el cual se transfiere la herencia de los bienes. Con razón se llama testamento, y divino, cuando las cosas que son verdaderamente buenas se confieren con el testimonio de los mandamientos celestiales. Y se llama Testamento, porque fue dedicado con sangre: el antiguo en tipo, el nuevo en verdad. Con este Testamento tenemos el compromiso de la gracia divina; porque así amó Dios a este mundo, que dio a su Hijo unigénito por todos nosotros. Por eso, proclamando la perfección de la gracia, el Apóstol dice: ¿Cómo no nos dará también con Él todas las cosas? (Rom. VIII, 32).

## CAPÍTULO VIII.

Con el ejemplo del sacrificio de Abraham se expresan las cualidades que hacen grata la ofrenda a Dios, a saber, celeridad, continuidad y fe. Dios ordena la celeridad en ambos Testamentos; la cual Él mismo exhibe, no solo otorgando rápidamente, sino también anticipándose a nosotros.

29. La primera gracia del voto es la celeridad de su cumplimiento. Pues Abraham, al ser ordenado ofrecer a su hijo en holocausto, no lo ofreció después de días, como Caín: sino que levantándose de mañana, ensilló su asno, y tomó consigo a dos siervos, y a Isaac su hijo; y cortando leña para el holocausto, se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho, al tercer día (Gen. XXII, 3). Primero, observa el estudio maduro y apresurado del que va a inmolar; para que no hubiera demora en la expectativa, sino hasta que se escuchara el oráculo: luego, para que ensillara su asno, asumiera todo el servicio él mismo, y preparara lo necesario para el sacrificio, acompañado también por dos virtudes, la fe y la esperanza, llevara su ofrenda, seguro del poder de Dios, y confiado en su bondad.

30. Pero lo que dice, al tercer día; o que la devoción debe ser continua y perpetua. Pues el tiempo es tripartito, pasado, presente y futuro. Por lo cual se nos advierte que no debe infiltrarse ningún olvido de los beneficios de Dios, ya sean pasados, presentes o futuros, sino que la memoria de la gracia debe perseverar, y la obediencia no debe faltar. O porque quien sacrifica, debe creer en un solo esplendor, en una sola luz de la Trinidad. Pues a quien sacrifica fielmente, el día brilla, no hay noche. Así también en Éxodo Moisés dice: Caminaremos tres días de camino, y ofreceremos sacrificios al Señor nuestro Dios (Exod. III, 18). Pero también en otro lugar, cuando Dios se apareció a Abraham en el encinar de Mambré: Alzando la vista, dice, Abraham vio, y he aquí tres hombres estaban de pie sobre él. Y viendo, corrió a su encuentro a la puerta de su tienda, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si he hallado gracia ante ti (Gen. XVIII, 2 y 3). Ve tres, adora a uno. Ofrece tres medidas de flor de harina (Ibid., 6). Pues aunque Dios es inmenso, sin embargo, tiene la medida de todas las cosas, como está escrito: ¿Quién midió las aguas con su mano, y el cielo con su palmo, y toda la tierra con su puño cerrado? (Isa. XL, 12). Por tanto, el santo Patriarca ofrecía a la perfecta Trinidad en cada persona, en el interior del arcano de la mente, es decir, el sacrificio de la flor de harina espiritual. Esta es la flor de harina, que en el Evangelio muele aquella mujer que será tomada: Porque una, dice, será tomada, y la otra será dejada (Mat. XXIV, 41). Será tomada la Iglesia, será dejada la Sinagoga. O la buena mente será tomada, la mala será dejada. Para que sepas que también Abraham creyó en Cristo: Abraham, dice, vio mi día, y se alegró (Juan VIII, 56). Y quien cree en Cristo, cree también en el Padre. Y quien cree perfectamente en el Padre, cree en el Hijo y en el Espíritu Santo. Por tanto, tres medidas, una flor de harina, es decir, un solo sacrificio que fue ofrecido a la venerable Trinidad, con una cierta medida de devoción y una plenitud congruente de piedad.

31. Aún reconoce los afanes de la devoción rápida: Corrió, dice, y tomó un becerro tierno y bueno, y lo dio al joven, y se apresuró a prepararlo (Gén. XVIII, 7). En todas partes la devoción diligente, y por eso su ofrenda fue aceptada por Dios. Tienes también en otro lugar, que anticipes la salida del sol con oración: Sal al encuentro, dice, al amanecer (Sab. XVI, 28). Tienes en el Evangelio al Señor Jesús diciendo: Zaqueo, baja apresuradamente (Luc. XIX, 5). Y él, porque había conseguido lo que quería, ver a Cristo; y había conseguido más, ser visto y llamado por Cristo, bajó apresuradamente y lo recibió con alegría; y por eso el Señor aprobó su afecto, y lo recompensó rápidamente diciendo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa (Ibid., 9). Pues también el Señor se apresuró a hacer el bien; y por eso no esperó para prometer y luego cumplir; sino que primero lo hizo y luego lo declaró. Dijo: La salvación ha llegado: lo cual fue de quien se anticipa, no de quien promete. Así, el justo recomienda su voto con rapidez. Y nuestros padres comían la Pascua apresuradamente, ceñidos los lomos, y calzados sus pies con sandalias, y como dejando una carga corporal, para estar preparados para el paso; pues la Pascua del Señor es el paso de las pasiones a los ejercicios de la virtud. Y por eso se llama Pascua del Señor; porque entonces en el tipo de aquel cordero se anunciaba la verdad de la pasión del Señor, y ahora se celebra su gracia.

32. Busca, pues, esto rápidamente, alma; para que también escuches rápidamente, como escuchó Jacob: ¿Qué es esto que has encontrado tan rápido, hijo? (Gén. XXVII, 20). Y él respondió según la doctrina: Lo que el Señor tu Dios puso en mis manos. Dios da rápidamente; porque dijo, y fueron hechas: mandó, y fueron creadas. Pues la Palabra de Dios, no como algunos dicen, es obra, sino operante, como tienes escrito: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Juan V, 17). Se anticipa a todo; pues está antes de todo como el Padre, y en todo como el mismo Padre, penetrando todo. Pues es fuerte y agudo, y más cortante que toda espada, penetrando hasta la división del alma y el espíritu, de las coyunturas y los tuétanos. Anticipándose a todos los pensamientos, de quien dice el Padre Dios: Ya verás si mi Palabra te alcanza o no (Núm. XI, 23). Pues donde está Dios, está la Palabra, como dijo: Vendremos y haremos morada en él (Juan XIV, 23). Y como tienes leído en otros lugares sobre Dios: Yo estuve aquí antes que tú (Éxodo XVII, 6): así también la Palabra dice: Antes que estuvieras bajo la higuera, te vi (Juan I, 48). Y sobre la misma Palabra, es decir, el Hijo de Dios, se dijo: En medio de vosotros está, a quien no conocéis (Ibid., 26). Pues dondequiera que estén los santos, allí en medio de ellos está la Palabra de Dios en los corazones de cada uno, llenando los mares y las tierras. Y cuando está aquí, también está en otro lugar; no cambiando de lugar, sino llenando ciertamente con su presencia. Pues está en todas partes, quien está por todo y en todo, no dejando ningún lugar inmune a sí mismo. Y donde está, estaba: y donde estaba, está. Y por eso quien sabe que la Palabra de Dios es rápida, pide rápidamente y rápidamente obtiene.

## CAPÍTULO IX.

Faraón es reprendido por su demora en obedecer. Se recomienda en la oración la humildad, el secreto y la brevedad, con una reprensión a la verbosidad. Cómo el Señor enseñó la forma de orar; y finalmente, por quiénes se debe orar principalmente.

33. Pero Faraón, que dedicaba su esfuerzo a opiniones y vanidades vacías (con Egipto lleno de ranas, que producían un sonido vano y un ruido vacío) al decirle a Moisés: Establece para mí cuándo oraré por ti, y por tus siervos, y por tu pueblo, para que el Señor elimine las ranas (Éxodo VIII, 9); cuando debería, en tal necesidad, rogar para que ya orara y no demorara,

respondió: Mañana; ocioso y negligente, pagando la pena de la demora con la destrucción de Egipto. Así, cuando obtenía lo que pedía, se olvidaba de la gracia; y exaltado en la mente de su carne, se olvidaba de Dios.

34. La humildad, sin embargo, recomienda la oración. Pues aquel fariseo fue reprendido, quien enumeraba sus ayunos como beneficios, y como si los reprochaba a Dios, y se recordaba a sí mismo como exento de crímenes. Pero el publicano fue alabado, quien estando lejos no quería levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Señor Dios, sé propicio a mí, pecador (Luc. XVIII, 13). Y por eso la sentencia divina lo prefirió diciendo: Porque este publicano descendió justificado más que el fariseo (Ibid., 14). Pues se justifica quien confiesa su propio pecado, como el mismo Señor habló: Di tus iniquidades, para que seas justificado (Isaías XLIII, 26). Y David dice: El sacrificio a Dios es un espíritu contrito (Sal. L, 19). Y de nuevo: Un corazón contrito y humillado, Dios no desprecia (Ibid.). Jeremías también dice: Un alma en angustia, y un espíritu angustiado clama a ti (Baruc III, 1). Así que tanto Faraón (Éxodo V, 2), como el rey de Asiria que decía: ¿Quién de los dioses de estas naciones libraré su tierra de mi mano; porque el Señor tu Dios libraré Jerusalén de mi mano? (IV Reyes XVIII, 35) fueron derribados por su exaltación. Pero el justo, como Jacob, refiere a Dios autor todo lo bueno que haya conseguido, diciendo de todo lo que haya conocido que le prospera: Porque el Señor Dios lo entregó en mis manos (Gén. XXVII, 20). Esta es, por tanto, la mejor solución de sus votos, como también dice David: Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, y paga tus votos al Altísimo (Sal. XLIX, 14). Alabar a Dios es recomendar el voto, y cumplirlo. Por eso también se prefiere al samaritano aquel que, con otros nueve leprosos, según el mandato del Señor, sanado de la lepra, regresó solo a Cristo, magnificaba a Dios y daba gracias. De quien Jesús dijo: No hubo de ellos quien regresara y diera gracias a Dios, sino este extranjero... Y le dijo: Levántate y vete; porque tu fe te ha salvado (Luc. XVII, 18).

35. También está esa disciplina de la oración y del voto que se debe recomendar; que no divulguemos la oración, sino que mantengamos ocultos los misterios, como lo hizo Abraham, quien hizo panes cocidos bajo ceniza (Gén. XVIII, 6). Lo hicieron también los padres que cocieron la masa que sacaron de Egipto, haciendo panes sin levadura cocidos bajo ceniza, que en griego se llaman ἐγκρύφια, porque se esconden en la ceniza; significando aquella levadura que escondió aquella mujer evangélica (Luc. XIII, 21) en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado, insinuando también que la doctrina de los misterios debe ser mantenida en secreto. Lo que el Señor enseñó más claramente en el Evangelio diciendo: Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en secreto, te recompensará: y al orar no hables mucho (Mat. VI, 5). Y más adelante: Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que le pidáis (Ibid., 8). Tu habitación es el secreto de la mente y del alma. Entra en esta tu habitación, es decir, entra en lo profundo de tu corazón, entra completamente desde el vestíbulo exterior de tu cuerpo, y cierra tu puerta.

36. Aprende qué es tu puerta: Pon, Señor, guarda a mi boca, y puerta de contorno a mis labios (Sal. CXL, 3). Y Pablo pide que oren por él: Para que se me abra, dice, puerta de la palabra, para hablar el misterio de Cristo (Col. IV, 3). Pero él, como elegido para la predicación del Evangelio, correctamente deseaba que se le abriera la puerta de la palabra; porque de su boca salía la salvación de las naciones, de su boca salía la vida de los pueblos. Pero nosotros cerremos la puerta, para que no entre la culpa, para que no salga algún desliz de palabra. Entra la culpa, si sale el desliz. Escucha cómo entra la culpa. En la multitud de palabras, dice, no escaparás del pecado (Prov. X, 19). Salió la multitud de palabras, entró el pecado; porque

en la multitud de palabras no se pesa el discurso que sale. imprudentemente se desliza, aunque el mismo hablar algo más allá de la medida sea un gran pecado.

37. Y por eso ten cuidado de no hablar imprudentemente; porque los labios del imprudente lo llevan al mal. Ten cuidado de no exaltarte en la oración; porque la oración del que se humilla penetrará las nubes. Ten cuidado de no divulgar imprudentemente los misterios del Símbolo o de la oración del Señor. ¿No sabes cuán grave es contraer pecado en la oración, donde esperas el remedio? Ciertamente el Señor enseñó por el Profeta que esto es una grave maldición diciendo: Y su oración se convierta en pecado (Sal. CVIII, 7); a menos que quizás pienses que esto es algo leve. Desconfiar es dudar del poder de Dios, pensar que no serás escuchado a menos que grites. Que clamen tus obras, que clame tu fe, que clame tu afecto, que clamen tus pasiones, que clame tu sangre, como el de Abel, de quien Dios dijo a Caín: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Gén. IV, 10). Pues te escucha en lo oculto, quien purifica en lo oculto. Nosotros no podemos escuchar a alguien a menos que hable: ante Dios no hablan las palabras, sino los pensamientos. Y para que sepas que esto es verdad, decía el Señor Jesús a los judíos: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mat. IX, 4). Esta no es la voz de quien pregunta, sino de quien sabe. Lo que te manifiesta el Evangelista diciendo: Pero Jesús conocía sus pensamientos (Luc. VI, 8). Así como el Hijo conoce, también el Padre conoce. Has conocido que el Hijo conoce, escucha al consejero y testigo del Padre diciendo: Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que le pidáis (Mat. VI, 5). Cuece, pues, tu pan cocido bajo ceniza con el vapor del Espíritu Santo; cuece también las pasiones del alma con el calor de la palabra. Y si tus pasiones son más crudas, quizás recién saliendo de Egipto, cúbreelas, y cuece a fuego lento; para que no puedan soportar un fuego más fuerte, y se quemen en lugar de cocerse. Pues hay muchas cosas que crudas desagradan, cocidas deleitan. Guarda, pues, en tu pecho los altos misterios; para que no los confies con un discurso prematuro y a oídos infieles o débiles como si fueran crudos, y el oyente se aparte y con horror los rechace, quien si los probara más cocidos, percibiría la suavidad del alimento espiritual.

38. Divinamente, además, el Señor Jesús te enseñó la bondad del Padre, que sabe dar cosas buenas (Luc. XI, 13); para que pidas lo que es bueno al bueno: y te exhortó insistentemente y frecuentemente a orar; no para que la oración se prolongue fastidiosamente, sino para que se derrame frecuentemente con constancia (Ibid., 9). Pues muchas veces la vanagloria se infiltra en la oración larga, pero en la interrumpida se infiltra la negligencia. Luego advierte (Mat. XVIII, 15) que cuando pides perdón para ti, entonces principalmente debes saber concederlo a otros, para que tu oración sea recomendada por la voz de tu obra. El Apóstol también enseña (I Tim. II, 8) a orar sin ira y sin disputas, para que tu oración no se turbe, no se interrumpa. También enseña a orar en todo lugar, mientras el Salvador dice: Entra en tu habitación (Mat. VI, 6). Pero entiende que no es una habitación cerrada por paredes, donde se encierran tus miembros: sino la habitación que está en ti, donde se encierran tus pensamientos, donde se mueven tus sentidos. Esta habitación de tu oración está contigo en todas partes, y en todas partes es secreta, de la cual no hay juez sino solo Dios.

39. Pero se te enseña principalmente a orar por el pueblo (I Tim. II, 1), es decir, por todo el cuerpo, por todos los miembros de tu madre, en lo cual es un signo de mutua caridad. Pues si solo oras por ti, solo orarás por ti. Y si cada uno ora solo por sí mismo, la gracia del pecador es menor que la del intercesor. Ahora, sin embargo, porque cada uno ora por todos, también todos oran por cada uno. Así que, para concluir, si solo oras por ti, solo, como dijimos, orarás por ti. Pero si oras por todos, todos orarán por ti. Pues también tú estás en todos. Así es una gran recompensa, que por las oraciones de cada uno se adquieran para cada uno los sufragios

de todo el pueblo. En lo cual no hay arrogancia, sino mayor humildad, y el fruto es más abundante.

## CAPÍTULO X.

Explicado el primer sacrificio, se pasa al defecto de Caín en el segundo, que no ofreció de las primicias. Las primicias del alma deben ofrecerse principalmente, y cuáles son. Abel también las ofreció, y la ley mandó ofrecerlas. Allí se explica quiénes son los cananeos: también por qué se recuerda que Dios juró: que sin su ayuda no se pueden pacificar los movimientos del alma. Finalmente, se deben ofrecer esos frutos a los que la distinción de sexo no aporta nada.

40. Pero ya es tiempo de pasar a otro tema, ya que hemos hablado plenamente de lo que Caín ofreció después de los días. Se convirtió en indicio de negligencia, cuando la misma petición del voto debe ser madura; para que no parezca que hemos esperado más el remedio de las artes humanas, es decir, la pericia médica y los jugos de las hierbas, que haber pedido el auxilio de Dios. Pues a Él primero se debe recurrir, quien puede curar las pasiones de nuestra alma. Sin embargo, algunos hombres, en un orden equivocado, primero buscan ayuda de los hombres: cuando los auxilios humanos fallan, entonces piensan que deben pedir la gracia del favor divino.

41. Concluido, pues, y convencido Caín de su crimen, discutamos otro defecto de la ofrenda. Ofreció, dice, de los frutos de la tierra, no de las primicias a Dios. Esto es, reclamar primero las primicias para sí mismo: y ofrecer a Dios lo que sigue. Así que, cuando verdaderamente el alma debe ser preferida al cuerpo como su siervo, ciertamente debemos ofrecer primero las primicias de ella, es decir, del alma antes que del cuerpo. Las primicias del alma son los principios de las buenas disciplinas. Las cuales, aunque en tiempo sean posteriores a las primicias del cuerpo, que son el alimento, el crecimiento, la vista, el oído, el tacto, el olfato, la voz (la mente y el sentido son parte del alma) parte del cuerpo es, sin embargo, son anteriores en disciplinas. Cuya primitiva es la acción de gracias ofrecida a Dios con corazón puro y palabra sencilla.

42. Estas ofrendas ofreció Abel, y por eso Dios miró sus ofrendas, porque ofreció de las primicias. Se añade, pues, que de las primicias de las ovejas, y de sus grasas. Considera que no ofreció de cosas insensibles, sino de seres animados. Pues es más el animal que el terrenal; ya que el animal es próximo al espiritual. Pues no es primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, luego lo que es espiritual. Lo que es animal respira, tiene espíritu vital: no así lo que es de los frutos de la tierra. Luego ofreció no lo segundo, sino lo primero; no lo escaso, sino lo abundante: tales cosas aprobó la ley, y mandó ofrecer, como está escrito: Y será, dice, cuando el Señor te introduzca en la tierra de los cananeos, como juró a tus padres, y te la dé; tomarás todo lo que abre el vientre masculino al Señor. Todo lo que abre el vientre de tus ganados y de tus rebaños, cualquiera que nazca de ti masculino, santificalo al Señor. Todo lo que abre el vientre de la asna, lo cambiarás por una oveja: si no lo cambias, lo redimirás (Éxodo XIII, 11 y ss.). ¿Qué hay de tan profundo misterio, de tan alta y secreta sabiduría, como para que en ciertas venas de palabras simples descubras y extraigas la abundancia de la gracia espiritual? Pues los cananeos son móviles e inquietos. Cuando, pues, hayas entrado en su tierra, a quienes adviertes que por su ligereza, inquietud e inestabilidad de costumbres, han sido desposeídos de su posesión, tú mantén la constancia. No te perturbe una razón vil, ni una palabra ligera; esto es el cananeo, una palabra móvil, un afecto inestable, y una contienda inquieta: sino más bien guarda la tranquilidad del corazón, y la serenidad del alma; para que como en el mar, ofrezcas a las naves un puerto seguro, una estación segura en tu mente.

43. Esta posesión te promete el Señor, y con un cierto vínculo de sacramento, para que afirme tu constancia. Pues Dios no jura porque necesite la fe del creyente, ni porque falto de testimonios requiera el apoyo del sacramento, como los hombres que nos aseguramos la fe con un juramento, y por eso juramos, para que se nos crea que hemos dicho la verdad. Pero Dios, aun cuando habla, es fiel, cuyo discurso es sacramento. Pues no es fiel el omnipotente Dios por el sacramento, sino que el sacramento es fiel por Dios. ¿Por qué razón, pues, Moisés introduce a Dios jurando? Porque nosotros estamos encerrados en un uso de los mortales, y como los erizos nos envolvemos en una especie de corteza de opinión vulgar, o como los caracoles que no pueden respirar ni captar o sostener el aire libre a menos que estén dentro de la cubierta de su concha: así nosotros no nos movemos sino dentro de ciertos refugios de costumbres humanas terrenales. Por lo cual, porque solemos creer más verdadero lo que se confirma con juramento; para que nuestra fe no vacile, se describe a Dios jurando, quien no jura, sino que es juez de los que juran, y vengador de los perjuros. Por eso está escrito: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre (Sal. CIX, 4). Guardó ciertamente lo que juró, nos dio un príncipe eterno de sacerdotes: para que también tú sepas que lo que jures, así debe ser guardado; para que, porque juras por aquel que no miente, sepas que será vengador si mientes.

44. Expulsados, pues, los pensamientos inquietos y móviles, Dios te dará una posesión vacía del corazón y de la mente; para que la cultives con una cierta tranquilidad, y obtengas fruto de ella, y no permitas que en ella vuelvan los cananeos, es decir, los sentidos turbados; erradica todo concepto de los vicios de los gentiles; destruye sus bosques con los que se oscurece la verdad, y una cierta visión celestial libre de la mente se oculta por el horror de una discusión tenebrosa.

45. Pero esto no puedes lograrlo sin el don divino; por eso dice: Dios te dará (Éxodo XIII, 11), es decir, pensamientos óptimos, consejos pacíficos, invenciones tranquilas. Cuando te haya dado esto, tomarás todo lo que abre el vientre masculino y lo santificarás al Señor. Dios no exige todo de ti, quien todo lo ha dado. Pues concede muchas cosas para el uso de la sustancia humana, y esto no puede ser un sacrificio divino, donde hay uso de la naturaleza. Comer, beber, dormir y otros ministerios del cuerpo son dones otorgados a ti, no ofrendas devueltas a Dios. Sin embargo, cualquier cosa santa que pienses, es un don de Dios, una inspiración de Dios, una gracia de Dios: así como, por el contrario, aquellas cosas que están en el uso de la naturaleza humana no contaminan al hombre; sino lo que sale de la boca, robos, falsos testimonios, sacrilegios, estas son las que contaminan al hombre.

46. Por tanto, limpiemos nuestro interior, para que la ofrenda no desagrede. Allí busquemos todo lo que abre el vientre masculino, es decir, lo justo y principal, que debemos santificar al Señor. Pues no nos santifican los coitos corporales, los conceptos y partos por los cuales el vientre femenino se abre con la desfloración de la virginidad. Porque aunque la mujer santifica al hombre, y el hombre a la mujer; sin embargo, a menudo sucede que el vientre de una virgen se abre incluso sin la santidad del matrimonio. Tampoco es solo la gracia masculina, ni la mujer está ajena a la santificación, ni la naturaleza de ambos sexos está confundida, para que ambos se funden en partos corporales. Los hombres tienen sus deberes, las mujeres tienen los oficios de su sexo diferenciados. Esta generación de sucesión humana conviene a la mujer, imposible para el hombre.

47. Por tanto, si este sentido no se ajusta al uso de la carne, discutamos los oficios del alma. Encuentro ciertamente que esta no está diferenciada por sexo: y aunque no tiene sexo, representa los dones de ambos sexos, se casa, concibe, da a luz. Y así como la naturaleza dio a las mujeres un vientre en el cual se forma la generación de cada ser viviente a través de edades menstruales: así hay una cierta virtud del alma que, como en un secreto de vientre genital, suele recibir las semillas de nuestros pensamientos, nutrir los conceptos, dar a luz los partos. Pues de otro modo no diría Isaías: Hemos concebido en el vientre y hemos dado a luz el espíritu de salvación (Isaías XXVI, 18); si no conociera el vientre del alma. Algunas de estas generaciones son femeninas, malicia, petulancia, lujuria, intemperancia, impudicia, y otros vicios de este tipo, con los cuales cierta virilidad de nuestras almas se debilita. Son masculinas, la castidad, la paciencia, la prudencia, la templanza, la fortaleza, la justicia, con las cuales nuestra mente, y la misma carne se fortalece, y se erige para cumplir diligentemente los deberes de la virtud. Estos partos los dio a luz aquel vientre profético. Y por eso dice: Hemos concebido en el vientre y hemos dado a luz el espíritu de salvación. Por tanto, dio a luz y parió un varón, quien derramó el espíritu de salvación.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO I.

Los partos del alma deben producirse a tiempo: ¿cuál es su forma? Los sentidos plebeyos pueden ser dominados por el imperio de la mente; pues hay un doble tipo de nuestros sentidos; y las primicias deben ofrecerse a Dios voluntariamente. Finalmente, se discute sobre la mezcla de la que estamos compuestos y sus primicias.

1. Que nuestra alma dé a luz estos partos, y no solo los dé a luz, sino que también los produzca, y los produzca en días cumplidos; para que el día del juicio no sorprenda partos inmaduros. Pues de estos partos dijo el Señor Jesús: ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que críen en aquellos días! (Lucas XXI, 23). Por tanto, que este parto se complete más maduramente, y nuestros pensamientos se desarrollen en procesos de buenas obras; para que nuestro fin no encuentre nada imperfecto, nuestro término de vida no ofenda nada inexplicado, nada como puesto en el yunque deje nuestro uso de la obra. Apresúrate, por tanto, alma, a formar tus partos, a completarlos más rápidamente, a nutrir más rápidamente a los que has engendrado.

2. ¿Cuál es la forma de tal parto? Lo demuestra el Apóstol diciendo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). En esta forma se deben consolidar todas las entrañas de nuestra mente, y en aquel vientre genital de nuestra alma debe resplandecer Cristo. Nuestro parto sea la fe, nuestros nutrientes sean los preceptos de la doctrina. Con estos se debe imbuir cierta infancia de nuestro corazón, se debe instruir la niñez, se debe fortalecer la adolescencia, se debe encanecer la vejez. Pues la vida inmaculada es la edad de la vejez. Por tanto, esa vejez del alma es buena, que ninguna mancha de perfidia ha contaminado. Y por eso Pablo defiende sus partos de esta mancha: Yo os he engendrado en el Evangelio (I Corintios IV, 15); para que ninguna insidiosa susurración tentara la infancia de la fe incipiente. Por tanto, engendraba masculinos, quien deseaba que los pueblos que enseñaba concurrieran en unidad de fe al hombre perfecto, y en el conocimiento del Hijo de Dios alcanzaran la medida de la plenitud de Cristo (Efesios IV, 13). Pues conocía que este es el sacrificio aceptable a Dios, del cual está escrito: Separarás todo lo que abre el vientre masculino, al Señor (Éxodo XIII, 11). Y quien añadió: Todo lo que abre el

vientre de los rebaños y de los ganados que tienes, el masculino santificarás al Señor (Éxodo XIII, 12); para que no tenga oscuridad, consideremos.

3. Habló de las generaciones principales, es decir, de las llenas y capaces de razón: añadió también de las gregarias, es decir, de los otros sentidos como plebeyos, que se comparan con animales irracionales. Sin embargo, cuando son gobernados por algún rector, fácilmente se domestican; y acostumbran a ejecutar lo ordenado, a someterse al yugo, a acelerar el paso a la voz del maestro, o detenerse, o desviarse, o cumplir con algún deber de su obra que se les ordena, con una cierta servidumbre humana. ¡Tanto vale la instrucción, que vence a la naturaleza! Por tanto, aquellos que no tienen consorcio con nuestra sustancia, reconocen sin embargo el imperio de nuestra voz: y aunque no tienen razón de su naturaleza, captan la razón de la nuestra, y de algún modo la adquieren transfundida. Vemos a los caballos incitados por los estudios populares, alegrarse con los aplausos, deleitarse con las caricias del maestro. Observamos a los leones feroces cambiar su ferocidad natural por mansedumbre ordenada, deponer su rabia, asumir nuestros modales; y aunque ellos mismos son terribles, aprenden a temer. Se golpea al perro, para que el león tema: y quien se exaspera por su propia injuria, es contenido por la ajena, y se rompe con el ejemplo de otro. Cuántas veces, con la presa preparada y el alimento a la vista, prefieren soportar el hambre, mientras temen la ofensa del maestro. Cuántas veces, impulsados por un movimiento repentino, abren las bocas listas para morder y, al ser ordenados, las cierran. Así, mientras obedecen a nuestra voluntad, olvidan la suya. No así aquellas fieras, o aquellos rebaños de caballos, o toda clase de ganado, que vagan sin ningún rector, y desprovistos de todo gobierno de domador se exasperan. Y por eso se han puesto vaqueros, pastores, y otros pastores, ciertos maestros de rebaños formando sus oficios según la condición de cada uno de los animales que se les han confiado.

4. Por tanto, parece que también hay un cierto tipo de nuestros sentidos, unos domados y mansos: otros indomados que, con un movimiento de rebaño, de la mente como desidiosa y relajada, se precipitan hacia las delectaciones irracionales del cuerpo: pero mansos son aquellos que, como a un cierto líder, se someten y se subordinan a la moderación de la mente. Por tanto, todo lo que se rige por su naturaleza, es masculino y perfecto: pero todo lo que, sin ningún líder, se domina con una cierta presunción plebeya, como una ciudad que carece del consejo de un rey y de los optimates, así todo el estado de su cuerpo y vigor viril lo afemina con una cierta disolución femenina. De estos es la ley de la carne, que, combatiendo contra la ley de la mente apostólica, la arrastra cautiva con una cierta ley del pecado. Y por eso, para ser liberado de aquel cuerpo de muerte, Pablo ponía toda su esperanza no en su virtud, sino en la gracia de Cristo (Romanos VII, 25). De donde se deduce que estas conmociones que son según la ley de la mente, proceden del favor divino, pero otros sentidos proceden del placer corporal.

5. Por tanto, aquellas cosas que son santas, son las primicias de nuestros sentidos: estas son como de un cierto rebaño, y de una vileza plebeya: que Moisés parece haber significado con diversos nombres. Pues esto también lo declara aquella era mística de la ley, de la cual dice: Las primicias de tu era y de tu lagar no las harás las últimas. Las primicias de tus hijos me darás (Éxodo XXII, 29). Las santas conmociones de nuestros sentidos, que son según las virtudes, son las primicias de la era espiritual: por eso también se comparan con la era rural, en la cual se aventan los granos. Pues así como en esta era rural se trilla el trigo y la cebada, y mientras se avienta repetidamente, se separa de la paja; porque la paja y los demás desechos de la cosecha se dispersan en diversas direcciones por el soplo de un viento ligero; pero aquellas cosas que son más sólidas, caen en el mismo lugar una vez que se ha sacudido el polvo: así las cosechas de nuestros pensamientos que son sólidas y óptimas, exhiben un

alimento puro y sincero de virtud, como está escrito: Porque no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Lucas IV, 4): pero aquellas que son inútiles y vacías, se dispersan como humo y nieblas; porque así como el humo a los ojos, así la iniquidad a los que la usan. Y correctamente se compara la iniquidad con el humo, que como una cierta oscuridad secular cubre la agudeza de la mente.

6. Y por eso el Señor dice: Cuando entréis en la tierra a la cual os conduzco, y cuando comencéis a comer de los panes de aquella tierra, ofreceréis una ofrenda separada al Señor, las primicias de vuestra mezcla, pan como ofrenda de la era: así ofreceréis las primicias de vuestras confusiones, y las daréis al Señor (Números XV, 2 y ss.). La confusión somos nosotros, compuestos por una cierta mezcla de diversos elementos. Pues lo frío se mezcla con lo caliente, y lo húmedo con lo seco en nosotros. Esta mezcla tiene muchas seducciones de la carne, y muchas delectaciones: pero no son estos los sentidos primitivos de este cuerpo, porque consistimos en alma y cuerpo y espíritu. Esta es la mezcla principal, en la cual el Apóstol desea que seamos santificados, como dice: Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; para que vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserve íntegro y sin reproche en el día de nuestro Señor Jesucristo (I Tesalonicenses V, 23). Las primicias de esta mezcla son espirituales, es decir, invenciones y generaciones de sentidos que proceden del vigor del alma. Pero no todos los sentidos son primitivos, sino aquellos que están exentos de malicia e impropiedad, y de todo error. Sin embargo, son necesarias las delectaciones del cuerpo, como dormir, comer, beber, caminar, y otros sentidos de este tipo; pero no en estos están las primicias. Y por eso no en estos, sino en aquellos está el sacramento del Señor, donde hay castidad, piedad, donde hay fe y devoción. De lo cual es un ejemplo claro y evidente la ofrenda del patriarca Isaac, a quien su padre ofreció como sacrificio sin ser influido por ningún movimiento de pasión humana, ofreciendo a Dios una víctima pura, vacía de temor, e inmune de codicia corporal, cuando la misma piedad del padre cedía a la devoción del que inmolaba.

## CAPÍTULO II.

Las primicias no se estiman por el tiempo, sino por la santidad: con la fe que es principalmente necesaria, se deben unir las buenas obras para el verdadero sacrificio: se debe cambiar el trabajo por el fruto, y liberar el alma de lo inútil.

7. Ahora consideremos cuál es la fuerza de las primicias, y si las primicias se estiman por el tiempo, o por la santidad, es decir, si todos los primogénitos tienen la santificación de las primicias. Pues las primicias de los frutos son santas según la ley (Números XVIII, 8); porque en ellas está el sacrificio óptimo de la fe pronta: pero se hacen santas por la devoción, no por el tiempo; porque no el fruto santifica, sino la devoción. De hecho, donde hay un fruto rápido, si la devoción se demora, se contrae ofensa. Por tanto, no todos los primogénitos son santos: pero todo lo que es santo, también es primogénito. De hecho, Caín era primogénito, pero no santo. También Israel es el pueblo santo de Dios, pero no el primero en edad; y sin embargo, se le llama primogénito, como está escrito en los profetas: Mi primogénito es Israel (Éxodo IV, 22). Y Leví es santo, pero no primogénito; pues se lee que es el tercer hijo de Lea (Génesis XXIX, 34): y sin embargo, los levitas son llamados primogénitos, de quienes deriva su nombre. Pues está escrito en Números: He aquí que he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todo primogénito que abre el vientre de los hijos de Israel, y serán míos los levitas; porque mío es todo primitivo. En el día en que herí a todo primogénito de Egipto, santifiqué a todo primogénito de Israel (Números III, 12 y 13). Por tanto, los levitas son llamados primogénitos, quienes por santificación ciertamente fueron antepuestos a los

demás hijos de Israel. ¿Por qué razón son primogénitos? Escucha al Apóstol diciendo: Pero os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén que está en el cielo, y a decenas de millares de ángeles gozosos, y a las Iglesias primitivas, que están escritas en el cielo (Hebreos XII, 22). Hizo cuatro órdenes, del monte Sion, de la ciudad de Jerusalén, de la celebración de los ángeles, y de las Iglesias primitivas. Por tanto, el Señor Dios tomó de entre el pueblo de Israel a los levitas; porque no quiso que fueran partícipes de las preocupaciones humanas, sino ministros de la religión divina. Y se hizo a sí mismo primogénitos que abren el vientre espiritual; y por eso no eran desde el útero de la naturaleza, como los pecadores de diversos crímenes: sino que, destruidos los cultores seculares, son elegidos. Por lo cual no tienen consorcio con la posesión plebeya, ni se cuentan en medio del pueblo; porque poseen la palabra de Dios en medio de ellos, como está escrito en el Evangelio: Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo XVIII, 20). Y en otro lugar: En medio de vosotros está quien no conocéis (Juan I, 26).

8. De aquí, por tanto, conocemos que antes que nada la fe debe recomendarnos a Dios. Cuando hayamos tenido fe, trabajemos para que nuestras obras sean perfectas. Pues este es el sacrificio pleno y perfecto, como el mismo Señor nos enseña diciendo: De tus dones y dádivas observarás ofrecerme en mis días festivos, sin restar nada, ni dividir; sino ofreciendo pleno e íntegro y perfecto. El día festivo del Señor es, donde está la gracia de las virtudes perfectas. Que son perfectas entonces, si el ánimo victorioso de las preocupaciones seculares, y de la seducción corporal, excluye los halagos de la voluptuosidad, libre del mundo, dedicado a Dios, sin disminuir nada del camino de la intención directa, ni dividiendo los tiempos de su afecto ahora a la lujuria, ahora al trabajo. Por tanto, solo el sabio celebra esta solemnidad, ningún otro. Pues es difícil encontrar un alma libre de pasiones de este tipo. Divide, por tanto, según la razón del alma lo principal y lo obediente, y entonces descubrirás qué es masculino, qué es femenino. Pues ninguna virtud sin trabajo, porque el trabajo es el proceso de la virtud. Lo que también significan las palabras de la misma ley, que dice: Todo lo que abre el vientre de asna, lo cambiarás por oveja (Éxodo XIII, 13). Pues la ley separó de sacrificio a los animales inmundos, y mandó que se ofreciera por ellos un animal limpio. Por tanto, manda cambiar el parto de la asna, es decir, el inmundo, por oveja, que es limpia y apta para el sacrificio (Levítico XXVII, 27). Esto es según la letra. Sin embargo, si alguien persigue más profundamente el sentido de la ley espiritual, es agradable considerar que la asna es un animal laborioso, la oveja fructífera. Por tanto, dice que se debe cambiar el trabajo por el fruto, para que el fin de su obra sea el fruto. O ciertamente de este modo: todo tu trabajo, toda tu industria la encomendarás con un afecto puro y simple.

9. Pero si no lo cambias, dice, lo redimirás (Éxodo XIII, 13). Por tanto, se ordena según la letra, que se ofrezca otro animal por el animal inmundo, o el precio; para que no parezca que se ofrece algo menos, o inmundo, entre los diezmos de los frutos. Sin embargo, el entendimiento más profundo enseña que se debe liberar tu alma, para que desista de aquellas cosas que no tienen fruto. Pues quien se redime, se libera y de algún modo se despoja de la deuda. Se deben abandonar las obras que no pueden tener un verdadero fruto, ni buenos procesos; como son estas mundanas cuyo uso no puede ser duradero. En las cuales uno mismo queda desnudo y vacío de verdad; y aunque haya sido buscado con el mayor trabajo, no ayuda en nada al alma. Pues aquellas cosas que imponen servidumbre al alma, todas son inútiles, aunque no falte el efecto. La victoria de los combatientes parece grande, la gloria de los triunfantes: pero frecuentemente vemos a los mismos que han vencido, nuevamente sometidos a las incertidumbres de las guerras y transferidos al enemigo por el evento de la batalla, y por el mismo hecho de haber sido antes vencedores, hacerse más miserables. Por tanto, es necesario que dirijas tus obras a Dios, y que su favor te inspire. El atleta mismo que

no decide por fuerzas ajenas sino por las suyas, cuantas veces se enfrenta, cree que se somete a casos inciertos. Y cuando ha llegado a la corona, entiende que esta gloria del mundo se marchita más rápidamente como las hojas de su corona. El piloto cuando ha llevado la nave al puerto, apenas cree que ha puesto fin al trabajo, y de inmediato busca el comienzo del trabajo. El alma se separa del cuerpo, y después del fin de esta vida aún está suspendida en la incertidumbre del juicio futuro. Así, no hay fin donde se cree que hay fin. Por lo cual, con votos y pura conciencia y espíritu de caridad, adhirámonos a nuestro Dios, y conciliémonos su favor divino: rogando que podamos ser liberados y despojados de las preocupaciones seculares como de amos crueles y agrestes, y salir del servicio mundano, llamados a la libertad del conocimiento supremo que es la verdadera y única libertad.

### CAPÍTULO III.

Lo que había dicho de cambiar el trabajo por el fruto, lo confirma con el ejemplo de los judíos sirviendo en Egipto, y con el testimonio del Evangelio; declara de qué lugar y de qué manera debe liberarse el alma; y que Cristo es el verdadero levita, es decir, nuestro libertador. Finalmente, propone un hermoso ejemplo de la utilidad que aporta la familiaridad con los justos.

10. Y para que demos el mandato de la ley con un ejemplo, cuando los egipcios oprimían al pueblo de los judíos en diversas labores, con barro y piedra, los hijos de Israel gemían y provocaron en sí la misericordia del Señor. Y dijo a Moisés: He escuchado el gemido de los hijos de Israel, cómo los egipcios los oprimen en servidumbre, y me he acordado de mi Alianza. Ve y di a los hijos de Israel, yo soy el Señor, y os sacaré del poder de los egipcios, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido y gran juicio, y os tomaré como mi pueblo, y seré vuestro Dios, y sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios que os saca del poder de los egipcios, y os introduciré en la tierra en la que extendí mi mano (Éxodo III, 7 y ss.). He aquí cómo el pueblo de los hebreos cambió el fruto de su trabajo, para que quienes trabajaban en el barro, trabajaran con la esperanza del reino eterno. Y por eso el Señor, compadecido del vano trabajo de los pueblos gentiles en el Evangelio, que construían ladrillos para una superstición fangosa y entregados al placer del cuerpo, no podían edificar un muro sólido de fe, habló como a ciertos hijos de asna y dijo: Venid a mí, todos los que trabajáis, y yo os daré descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas (Mateo XI, 28 y ss.). Con esta vocación me parece reconocer más plenamente las palabras de la ley y los misterios: porque enseñó que el asno debía ser cambiado por una oveja, o redimido con dinero; para que no solo cambiemos el parto del asno por una oveja, es decir, lo inmundo por lo limpio, sino que también lo redimamos. Lo cual parece expresarse si primero lavamos las manchas de nuestros pecados con el sacrificio de la purificación y el misterio del bautismo; también redimimos nuestros crímenes con buenas obras, el precio de la fe y la misericordia.

11. Nuestro precio es la sangre de Cristo. De donde también el apóstol Pedro dice: No habéis sido redimidos con oro o plata, sino con la preciosa sangre (I Pedro I, 18). Y Pablo dice: Habéis sido comprados por precio, no os hagáis esclavos de los hombres (I Corintios VII, 23). Por eso no nos sorprende en vano en el Evangelio que el Señor Jesús se sentara sobre un pollino de asna (Marcos XI, 7); porque el pueblo gentil comenzó a ser la ofrenda de Cristo, ya que según la ley se consideraba impuro. De donde también está escrito sobre los levitas (Éxodo XII, 13) que son sus redenciones; porque con la santidad de su vida y la oración

lavaban los pecados del pueblo. En ellos la figura del cordero precedió a los misterios del verdadero levita venidero, que con la pasión de su propio cuerpo quitaría el pecado del mundo. Levita significa aceptado por mí, o él mismo ligero para mí; pues él tiene el indicio de la virtud perfecta para impartir salud al pueblo. Él, por tanto, que vino esperado para la salvación de todos, nació para mí del vientre virginal, fue ofrecido por mí, gustó la muerte por mí, resucitó por mí. En él se asumió la redención de todos los hombres, se asumió la resurrección. Él es el verdadero levita; para que nos hiciera adherirnos a Dios, derramar continuas oraciones a él, esperar la salvación de él, huir de los negocios terrenales, ser contados en la posesión de Dios, como está escrito: Señor, poséenos (Éxodo XXXIV, 9). Esa es la única posesión que, no sujeta a tempestades, lleva frutos de gracia perpetua. El redentor es levita, porque el hombre sabio es la redención del insensato. Quien, como médico, cuida el alma enferma del insensato, y aplica ciertos remedios más sólidos de prudencia a la mente, imitando a aquel médico que vino del cielo, para mostrar a los hombres los caminos de la prudencia y revelar a los pequeños las sendas de la sabiduría. Pues veía que los que trabajaban no podían salvarse sin remedio, y por eso daba medicina a los enfermos. Por eso llevó ayuda de salud a todos; para que cualquiera que pereciera, atribuyera las causas de su muerte a sí mismo, quien no quiso ser curado, teniendo el remedio con el que podía escapar: pero la misericordia de Cristo se proclama manifiesta en todos; porque los que perecen, perecen por su propia negligencia: y los que se salvan, según la sentencia de Cristo, son liberados, quien quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Finalmente, también Sodoma, si hubiera tenido cincuenta justos, no habría sido destruida, y si hubiera tenido diez, habría sido redimida; porque la palabra de remisión de los pecados libera el alma de la servidumbre, y la plenitud de la disciplina perfecta no permite que la mente sea consumida por el voraz vapor de las pasiones.

12. Sin embargo, importa mucho, y edifica el afecto moral, si también tomamos simplemente el número de justos como beneficioso para la salvación de los pueblos. Reprime y corta la envidia, confunde la maldad, incita la virtud, aumenta la gracia. Nadie debe envidiar la alabanza de otro que le beneficia: y cualquier malvado, al recibir a su redentor, frecuentemente lo imita; ciertamente lo venera, a menudo incluso lo ama. Incluso si sabe que será beneficioso para otros, se incrementa en sus estudios, y con esa gracia conecta a los pueblos, acumula la caridad de los ciudadanos, la gloria de las ciudades. ¡Qué ciudad tan bendita la que tiene muchos justos, qué celebrada por todos: cómo toda ella es bendecida por una parte, y su estado es considerado bendito y perpetuo! ¡Cuánto me alegro cuando veo a algunos mansos y sabios vivir mucho tiempo, cuando veo vírgenes castas, viudas graves de larga vida, como una especie de corte canosa de la Iglesia que presenta con cierto rostro y apariencia de gravedad lo que deben reverenciar, lo que deben imitar, con lo que deben colorearse para toda gracia de costumbres! No me alegro por ellos, cuando viviendo soportan muchas molestias de este siglo, sino porque benefician a muchos. De igual manera, cuando alguno de este tipo cae, aunque sea por una larga vejez, me afecta; porque el rebaño de los jóvenes queda desprovisto del muro senil. Finalmente, el primer indicio de una ciudad que va a perecer, o de males inminentes, o de una futura desgracia, es si los hombres más sabios o incluso las mujeres más graves mueren. De ahí se abre primero la puerta de los males que se avecinan. Así como toda la ciudad se solidifica y se impulsa por la reunión de los sabios, o se tambalea por su muerte: así la palabra grave, y ciertamente senil, llena de prudencia, suele estabilizar el alma de cada uno y confirmar la mente. Ya si se añade el uso de muchas lecturas, un cierto senado de muchos preceptos y consejos, efectúa como un estado perpetuo de esa ciudad que está en los corazones de cada uno.

CAPÍTULO IV.

¿Por qué Moisés llamó levitas a los primogénitos y redentores, y designó sus ciudades como redentoras? ¿Por qué no es absurdo que los piadosos cohabiten con los malhechores? Sobre las dos virtudes en Dios, la misericordia y la justicia, y sus ministros; y sobre el hecho de que la salida de la malicia siempre opera la entrada de la virtud, y viceversa; como se comprueba con ejemplos evangélicos.

13. Por eso Moisés llamó levitas a los primogénitos y redentores de los demás (Números III, 12); porque los hombres de juicio más maduro y útil presentan por un lado una especie de vejez del alma, por otro lado confieren redención. De donde también Moisés en el Antiguo Testamento significó las ciudades de los levitas como redentoras (Números XXXV, 6); porque quien huye a esa alma, en la que habita la Palabra de Dios, que está fortificada y amurallada como una ciudad, adquiere para sí libertad perpetua. Así como en las ciudades de los levitas había remisión de penas; para que si alguien huía a ellas, quien no había cometido homicidio voluntario, nadie pudiera matarlo mientras estuviera dentro de las ciudades de los levitas: así quien se arrepiente de su propio pecado, que cometió imprudentemente o involuntariamente, si se adhiere a la residencia de los levitas, y no cree que deba apartarse de esos preceptores que dispensan los mandamientos de Dios, la misma ley lo libera de toda pena y castigo del delito cometido.

14. No pienses que es absurdo que los malhechores cohabiten con los piadosos, y los manchados con los sagrados. Pues necesitan ser purificados quienes están contaminados con el contagio de los delitos. Y de alguna manera, por causa de diferente género, la causa concurre. Así como el levita, renunciando a los placeres mundanos, es un exiliado de la culpa, así el culpable de sangre es un fugitivo de la patria. Pero hay esta diferencia, que este abandona a los suyos por necesidad debido al temor de la ley: el ministro de Dios renuncia a las asociaciones humanas de las pasiones, y se abdicar de cierta relación de atracción carnal por el estudio de la virtud. También aquello no está lejos de la verdad, que este también se inflige a sí mismo como ciertas manos; para que mate los placeres de su cuerpo, y opere una especie de muerte de su carne. Moisés mató al egipcio, y se convirtió en fugitivo de la tierra de Egipto, para evitar al tirano de esa tierra. Pero no habría matado antes a ese hombre egipcio, si primero no hubiera matado en sí mismo al egipcio de la iniquidad espiritual, y se hubiera abdicado del lujo de los honores reales, considerando mayor patrimonio el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto. Lo que a los necios les parece oprobio: pero para nosotros ese oprobio de la cruz del Señor es poder de Dios y sabiduría.

15. Además, hay dos géneros principales de virtudes en Dios, uno por el cual perdona, otro por el cual castiga. Los pecados son perdonados por la palabra de Dios, de la cual el levita es intérprete y ciertamente ejecutor (23, q. 5, cap. Remittuntur; y de Poenit. dist. 1, cap. Verbum Dei): también son perdonados por el oficio del sacerdote y el sagrado ministerio: también son castigados por los hombres, como por los jueces, que usan el poder temporalmente, como enseña el Apóstol diciendo: ¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien, y tendrás alabanza de ella; porque es ministro de Dios para tu bien. Pero si haces el mal, teme. Porque no lleva la espada en vano; porque es ministro de Dios, vengador para ira al que hace el mal. (Romanos XIII, 4). Los pecados también son castigados por los pueblos, como leemos (Isaías XIII, 17); porque a menudo, por mandato de Dios, el pueblo de los judíos fue sometido a extranjeros debido a la ofensa a la majestad divina. Ni siquiera aquel (45, q. 1, cap. Nec is qui) que involuntariamente cometió un homicidio está fuera del ministerio. Pues la ley dice de él: Porque Dios lo entregó en sus manos (Éxodo XXI, 13). Sus manos, por tanto, como instrumento, prestaron ministerio a la venganza divina. El levita, por tanto, es ministro de la

remisión: pero el verdugo que, sin embargo, no cometió homicidio por disposición, sino contra su voluntad, es ministro de la venganza divina.

16. Observa también esto, que cuando el impío es asesinado, Cristo es infundido. Y donde se abole la abominación, se congrega la santificación; porque el Señor dijo: En el día en que maté a todo primogénito de Egipto, santifiqué para mí todo primogénito de Israel (Números III, 13). Lo cual no lo referirás a un solo día de aflicción de Egipto, sino a todo tiempo. Pues cuando se renuncia a la maldad (32, q. I, cap. Cum renuntiat), inmediatamente se adscribe la virtud. Porque la salida de la malicia opera la entrada de la virtud: y con el mismo empeño con el que se excluye el crimen, se une la inocencia. Tienes esto en el Evangelio (Juan XIII, 2); porque donde Satanás se introdujo en el corazón de Judas, Cristo se apartó de él, y en el momento en que lo recibió, lo perdió. Finalmente, así está escrito: Y después del bocado, Satanás entró en él (Ibid., 27). Entonces Jesús le dijo: Lo que haces, hazlo más pronto. ¿Qué es eso? Para que, como Satanás había entrado en él, él se apartara de Cristo. Por tanto, es expulsado y excluido, porque ya no puede estar con el Señor Jesús; porque había comenzado a estar con el diablo: pues no hay comunión de Cristo con Belial. De donde inmediatamente, expulsado por el mandato, se fue, como leemos, diciendo el Evangelista: Y cuando hubo tomado el bocado, salió inmediatamente (Ibid., 30); era de noche. No solo salió, sino que inmediatamente, y salió de noche. No es de extrañar si tenía las tinieblas de la noche, quien abandonaba a Cristo. Pero así como él, recibido por el diablo, fue excluido de Cristo: así Zaqueo, renunciando a la avaricia, recibió a Cristo. Y merecidamente viendo su empeño, que había subido a un árbol para ver a Jesús que pasaba, dice el Señor: Zaqueo, baja pronto, porque hoy debo quedarme en tu casa. Y bajó pronto, y lo recibió con gozo (Lucas XIX, 5 y 6). Pero al recibir a Cristo, excluyó la avaricia, relegó la perfidia, renunció a los fraudes. Pues de otro modo no entra Cristo, sino para excluir los vicios; porque no cohabita con los errores. Finalmente, del templo expulsaba a los cambistas, porque él mismo quería habitar. De donde Zaqueo, entendiendo esto, que no podía recibir a Cristo con su antiguo afecto, ordenó que sus antiguos vicios salieran de su hospedaje, para que Cristo entrara. Por tanto, merecidamente, a los fariseos que murmuraban porque el Señor Jesús se había desviado a quedarse con un hombre pecador, dijo al Señor: He aquí, la mitad de mis bienes, Señor, doy a los pobres; y si a alguien le quité algo con fraude, lo devuelvo cuadruplicado (Ibid., 8). En lo cual respondió a aquellos que decían que un pecador no debía haber ofrecido hospedaje a Cristo: Esto es, ya no soy publicano, no soy aquel Zaqueo, no soy ladrón, no soy defraudador. Devuelvo lo que quité, devuelvo quien solía quitar. Ya doy a los pobres, a quienes antes desnudaba: ya ofrezco lo mío, quien solía robar lo ajeno. Huyeron los crímenes después de que Cristo entró. Se disipó toda ceguera carnal de las pasiones, donde se infundió la luz de la vida eterna.

## CAPÍTULO V.

Qué significan las grasas y la gordura de los sacrificios y ofrendas.

17. Hablamos de los primogénitos, hablemos también de las grasas, de las cuales David enseña suficientemente diciendo: Como con grasa y gordura se sacie mi alma (Salmo LXII, 6). Y antes dice: Y tu holocausto sea graso (Salmo XIX, 4). Esto enseñando que el sacrificio es aceptable, que es graso, que es brillante, y que está alimentado con un cierto alimento más abundante de fe y devoción, y del verbo celestial. Frecuentemente decimos obra grasa cuando queremos que se entienda como densa y laboriosa: y se proclama ofrenda opulenta, que no sea delgada, que no sea extenuada. De donde también llamamos correctamente sacrificio graso, lo que deseamos declarar opulento. Pero también es una enseñanza que las vacas gordas fueron comparadas en la interpretación profética con años fértiles (Génesis XLI, 26).

## CAPÍTULO VI.

Qué significa que el Señor diga: Si ofreces correctamente, pero no divides correctamente, has pecado, descansa; y sobre los cuatro géneros por los cuales se recomendaban los sacrificios, de los cuales si falta algo, el sacrificio no es aprobado, con la interpretación moral más hermosa de estos.

18. Consideremos ahora qué significa que el Señor diga: Si ofreces correctamente, pero no divides correctamente, has pecado, descansa. Lo cual es indicio de que Dios no se complace con las ofrendas de dones, sino con el afecto del oferente. Finalmente, el oferente del don, Caín, fue condenado, porque por la conciencia de una ofrenda insincera entendió que su sacrificio no fue aprobado por Dios, y se entristeció. Pues cuando la mente es consciente de su rectitud, se regocija, y el alma se llena de un cierto gozo espiritual, cuando los estudios o las obras de alguien son aprobados por Dios. Por tanto, la tristeza de Caín es testimonio de la conciencia, indicio de rechazo. Y aunque ofreció un don; sin embargo, porque no dividió correctamente y justamente, incurrió en culpa.

19. Hay cuatro géneros por los cuales se recomendaban los sacrificios. Si eran nuevos de los nuevos, o fritos, o divididos, o continuos. Nuevos de los nuevos en el primer tiempo del año, que se estimaban en la especie de los primogénitos frutos: ahora se ha revelado que se significan aquellos que se renuevan por los sacramentos del bautismo. Esto es verdaderamente sacrificio primitivo, cuando cada uno se ofrece como ofrenda, y comienza por sí mismo, para que después pueda ofrecer su don (Romanos XII, 1). Por tanto, la nueva fe de los renovados, fuerte, pujante, adquiriendo incremento de virtud, no remisa, no cansada, no marchita por cierta vejez, y perezosa en vigor, es apta para el sacrificio, que brota con un cierto germen verde de sabiduría, y florece con el fervor de la juventud del conocimiento divino; pero tenga el jugo de la doctrina antigua. Pues así como debe concurrir la doctrina del Nuevo, así también del Antiguo Testamento, porque está escrito: Comed lo viejo de lo viejo, y quitad lo viejo ante lo nuevo (Levítico XXVI, 10). Sea nuestro alimento el conocimiento de los patriarcas, que el alma se banquetee en los oráculos de los profetas: con tal alimento se alimenta el interior de la mente. Pero ya no sea la especie del cordero, sino la verdad del cuerpo de Cristo. No la sombra de la ley deslumbré los ojos: sino que abiertamente la gracia de la pasión del Señor, y el esplendor de la resurrección iluminen la agudeza de la mente.

20. Pero si ofreces sacrificio de las primicias de las ovejas, frito en el fuego, frito en el fuego, ofrecerás sacrificio de las primicias, como está escrito (Levítico VII, 2): lo que significa que tu fe debe ser probada como por fuego, y arder con el santo espíritu. Finalmente, Jacob coció lentejas, y arrebató a su hermano los primados de la bendición, que ciertamente debía conseguir con fe sólida. Aquí, por tanto, se aumentaba robusto y vivo: pero aquel que no sabía cocer su alimento, fatigado y desfalleciente, se desmoronaba. Que la virtud de tu alma sea quemada por la palabra del Señor como por fuego. Mira a José quemado, como está escrito: La palabra del Señor lo quemó (Salmo CIV, 19). Que tu fe sea tostada como las espigas de las cosechas. Pues entonces presentan la madurez de los frutos, cuando las estaciones estivales las han tostado con el primer avance del sol. Por tanto, la abundante palabra de las Escrituras confirma el alma, y la colorea con un cierto vapor de gracia espiritual; también corrobora los inventos racionales, y disuelve toda la fuerza de las pasiones irracionales. Y por eso Esaú, con los lazos de su virtud relajados, se disolvió. Pero aquellos que, ceñidos los lomos, no crudo, ni cocido en agua, sino asado en fuego, se les mandaba comer la cabeza del cordero, como tienes en Éxodo, con ánimo fuerte y fiel, cruzaron a pie

los mares (Éxodo XII, 9). En el Evangelio también el Señor Jesús comía peces asados, como está escrito (Lucas XXIV, 43), en el cual redundaba la plenitud del Espíritu Santo. Y tal vez por eso desfalleció Esaú, porque deseaba comida cocida en agua, que Jacob como inadecuada le donó al débil.

21. La oblación y la oración no deben ser confusas, sino que deben estar claramente divididas. En toda cosa, la distinción es mejor que la confusión; mucho más en la oración y la oblación, que si no tienen divisiones claras, se vuelven más oscuras. Por eso, la ley manda que las partes de las víctimas sean divididas y que se ofrezcan holocaustos (Levítico 1, 6); para que el sacrificio sea desnudo, sin mezcla ni cobertura alguna; porque nuestra fe debe arder desnuda y despojada de todo envoltorio; para que no se vista de opiniones vagas y engañosas, sino que aparezca la pureza y sinceridad de la simplicidad de la mente. Luego, debe dividirse en partes congruentes. La virtud es un género que se divide en muchas especies: pero las principales son cuatro, prudencia, templanza, fortaleza, justicia. Que tu oración exhale prudencia hacia el conocimiento de Dios y la verdad de la fe: que exhale templanza, que incluso el Apóstol consideró necesaria en los cónyuges, diciendo: No os defraudéis el uno al otro, a no ser de común acuerdo por un tiempo, para dedicaros a la oración (1 Cor. 7, 5). Y la ley manda que se acerquen al sacrificio después de haberse purificado el día anterior y el anteayer (Éxodo 19, 10). Que la oración mantenga la fortaleza, para que no se interrumpa por el miedo, ni se agote por el cansancio. Entonces, la intención de orar debe ser más fuerte cuando somos presionados por las adversidades. Que la oración guarde la justicia, que si Judas la hubiera mantenido, su oración no se habría convertido en pecado. ¿Cuándo debemos abstenernos más de las obras injustas y de los estudios perversos, que cuando imploramos la justicia de Dios? Y por eso el Señor, para que la justicia nos sea querida, dice: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 10). Esto le faltó a Judas; pues si lo hubiera tenido, no habría entregado al Señor, no habría traicionado al maestro. También le faltó al sacrificio de Caín, quien si hubiera mantenido la justicia, habría debido ofrecer al Señor las primicias de sus dones, no las posteriores. Por lo tanto, le faltó la división, y por eso se le respondió: Si bien ofreces, pero no divides bien, has pecado, descansa. Ves cuánto vicio hay. Donde falta la división, todo el sacrificio es rechazado.

22. Resta que hablemos de la oración continua y constante, que debemos dedicarnos y entregarnos a la oración. El Señor pasaba la noche en oración, no para beneficiarse a sí mismo, sino para enseñarnos. La oración frecuente produce una cierta disciplina de oración; porque el mismo uso hace a los de Dios enseñables, y la negligencia los hace no enseñables. Buena es, por tanto, la ejercitación. Finalmente, la fuerza del cuerpo se incrementa con el ejercicio frecuente: pero si no se ejercita, disminuye y se debilita. Muchos, por la falta de ejercicio, incluso han debilitado la fuerza natural. De manera similar, la fortaleza del alma se solidifica con la asiduidad del ejercicio; para que el mismo trabajo de la disciplina no sea una carga futura, sino un uso. Llevemos este alimento a nuestra mente, que, desgastado y pulido por mucha meditación, fortalezca el corazón del hombre como aquel maná celestial. Que no lo recibamos ociosamente triturado y pulido; porque debemos triturar y pulir durante mucho tiempo las palabras de las Escrituras celestiales, meditando con todo el ánimo y corazón; para que el jugo de ese alimento espiritual se difunda por todas las venas del alma. Por lo tanto, si la fe crece como un joven, que aleje la decadencia de la devoción envejecida, y arda en espíritu, y se mantenga con la medida legítima de la división adecuada, y la asiduidad recomiende la gracia; entonces se convierte en ese tipo de oración rica y como grasa, de la que dice el Profeta: Has ungido mi cabeza con aceite (Salmo 22, 5). Así como los corderos se

engordan con mucha leche, y como las ovejas bien alimentadas brillan con grasa: así la oración de los fieles se engorda con el jugo apostólico.

23. Si falta algo de lo que hemos dicho anteriormente, el sacrificio no es aprobado. Por eso se dijo a Caín: Si bien ofreces, pero no divides bien, has pecado. Pues el mundo mismo se lee que fue hecho distintamente, cuando antes una parte de él era desordenada; porque la Tierra era invisible y desordenada (Génesis 1, 2). Sin duda, primero se hizo la luz, y Dios llamó a la luz, y Dios separó entre la luz y las tinieblas, y las tinieblas fueron llamadas noche. Y leemos que cada cosa fue hecha en orden, el cielo, la tierra, los árboles frutales, los diversos animales. Pero las cosas más ligeras fueron distribuidas a las superiores, como el aire y el fuego: las más pesadas a las inferiores, esto es, la tierra y el agua. Sin duda, Dios pudo haber ordenado que todo se hiciera al mismo tiempo: pero prefirió mantener la distinción, que debíamos imitar en todos nuestros asuntos, y especialmente en las acciones de gracias, en las que no basta devolver lo que has recibido, sino recomendar lo que devuelves. Pues si alguien paga una deuda, y al devolverla ofende al acreedor, es más intolerable, sin duda, que no haber devuelto lo que debía. No se considera, por tanto, la cantidad de la devolución, sino el ánimo del que devuelve, y la calidad y el afecto. Caín, por tanto, ofreció correctamente; porque la ofrenda es un signo de devoción y un indicio de gratitud: pero no dividió correctamente; porque antes que nada debió ofrecer las primicias a Dios, para comenzar con la gracia del autor. Pues este es el orden de la división, que las primeras no precedan a las segundas, ni las segundas a las primeras; y que las celestiales no sean preferidas a las terrenales, ni las terrenales a las celestiales.

## CAPÍTULO VII.

Dios, que enseñó en Adán a no pecar, enseñó en Caín a no defender el pecado. Y allí se muestra cuán fácil es precipitarse de la impiedad a otros crímenes.

24. Pero como Caín confundió este orden, se le dice: Has pecado, descansa (Génesis 4, 7). Dios enseña todo. Primero, que no peques, como advirtió a Adán: segundo, si has pecado, que descanses, como se te enseña en Caín. Debemos avergonzarnos y condenar el pecado, no defenderlo; porque la culpa se disminuye con la vergüenza, se acumula con la defensa. Y al guardar silencio nos corregimos, con la contienda nos derrumbamos. Que al menos haya vergüenza, donde no hay absolución. De ahí aquello: El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso (Proverbios 18, 17). Y leemos que el mismo Señor dijo en otro lugar: Declara tus iniquidades, para que seas justificado (Isaías 43, 26). ¡Cuánta gracia de la vergüenza, para que la justicia mantenga la vergüenza, que la culpa del delito ha quitado! Por eso dice: Descansa, porque no tienes excusa. La conversión de la culpa es hacia ti mismo. No se le atribuye al hermano, sino al error, del cual tú mismo eres el autor. En ti, dice (Génesis 4, 7), recae el crimen, que comenzó contigo. No tienes en quién más acusar la necesidad que tu mente. En ti se revierte tu maldad, tú eres su príncipe (Ibid.).

25. Bien dice: Tú eres su príncipe. En efecto, la impiedad es una especie de madre de los delitos; y quien ha cometido los más graves, fácilmente se precipita en los demás. Pues, ¿cómo puede abstenerse de lo humano quien ha violado lo divino, y ser bueno con los hombres quien ha ofendido a Dios? Por tanto, los demás vicios siguen al más atroz de los crímenes; porque hacia donde se inclinan los delitos, allí se inclinan los demás. Tú, por tanto, eres el príncipe de tu obra, tú el líder del crimen. No te atrajo el error involuntariamente, ni imprudentemente: sino que voluntariamente, como reo en juicio, no por accidente, cometiste el engaño, por el cual te convences a ti mismo de ser reo de injuria divina.

## CAPÍTULO VIII.

Caín, despreciando la advertencia, aumenta su insolencia y crimen. Se muestra que con sus palabras: Vayamos al campo, se indica que a las acciones perversas les convienen lugares desiertos y estériles.

26. Advertido, pues, de que descansara, aumenta su insolencia, agrava su crimen. ¿Qué significa, entonces, lo que dice: Vayamos al campo (Ibid., 8); sino que se elige un lugar desnudo de vegetación para el parricidio? ¿Dónde, pues, debía ser asesinado el hermano, sino donde faltara el fruto? Como si la naturaleza, presagiando tan gran crimen, hubiera negado al lugar los brotes; porque no convenía que el mismo suelo recibiera las manchas de la sangre parricida contra la naturaleza, y germinara frutos según la naturaleza. Con razón él mismo dice: Vayamos al campo. No dice: Vayamos al paraíso, donde florecen las frutas, no a algún lugar cultivado y fructífero. Los mismos parricidas indican que no pueden tener fruto de su crimen, ni permanecer el fruto con aquellos que han prestado servicio a tan gran impiedad. Pues rehúyen la benignidad misma de los elementos, como este Caín que parece haber temido que la más generosa producción de la tierra impidiera su triste crimen, y que la costumbre de la liberalidad generativa, que hace que broten para sí mismos diversos frutos y frutos, en este también aparato del crimen, con su muda apariencia, revocara el afecto fraterno. El ladrón huye del día como testigo del crimen, el adúltero se sonroja ante la luz como cómplice del adulterio, el parricida huye de la fecundidad de las tierras. Pues, ¿cómo podía ver las asociaciones del parto común, quien asesinaba al consorte de su sangre? José es arrojado a un pozo seco, Amnón es asesinado dentro de la casa. Justo, pues, es el juicio de la naturaleza, privando de su don a aquellos lugares donde iba a ocurrir el parricidio: para que, con una especie de condena de la tierra inocente, mostrara cuán grandes serían los castigos futuros de los culpables. Por el crimen de los hombres, por tanto, también los elementos son condenados. Finalmente, David deseó para los montes, en los cuales Jonatán fue asesinado con su padre, el castigo de la perpetua esterilidad, diciendo: Montes que estáis en Gelboé, ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, montes de la muerte (2 Samuel 1, 21).

## CAPÍTULO IX.

Dios preguntó a Caín, no para aprender, sino para inducirlo a confesar. Su respuesta es impía hacia Dios y la naturaleza; y la respuesta de Dios opuesta a ella muestra admirablemente la piedad de la hermandad. Se muestra que Dios escucha a los justos incluso muertos, porque viven para Él, y que los pecadores están muertos. Estos son atormentados por males presentes y futuros, pero más preocupados por los presentes.

27. Consideremos ahora por qué razón Dios preguntó a Caín dónde estaba su hermano, como si no supiera que había sido asesinado. Pero en lo que respecta al conocimiento de Dios, acusó al que negaba, y respondió al que negaba como sabiendo: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Génesis 4, 10): pero en lo que respecta a la razón profunda, amonesta a los pecadores a la penitencia. La confesión es un compendio de penas. De ahí que en los juicios seculares se tortura en el potro a los que niegan, y cierta compasión toca al juez hacia el que confiesa. Hay cierta vergüenza en los pecados, y parte de la penitencia es confesar el crimen, no derivar la culpa, sino reconocerla. La vergüenza de los reos mitiga al juez, pero la pertinacia de los que niegan lo excita. Dios quiere provocarte a la penitencia, quiere que se espere indulgencia de Él, quiere demostrar con tu confesión que no es autor de maldad. Pues quienes refieren su pecado a una cierta necesidad de decreto o de su obra, como afirman los

gentiles, parecen acusar a lo divino, como si su fuerza fuera la causa del pecado. Pues quien mata obligado por alguna necesidad, mata como involuntario. Pero las cosas que son de nosotros, no tienen excusa: las que son fuera de nosotros, son excusables. Pero cuán grave es referir a Dios lo que has hecho, y transferir la envidia de tu culpa al autor no del crimen, sino de la inocencia.

28. Considera, sin embargo, la respuesta del parricida: No sé, dice, ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano? (Génesis 4, 9). Aunque este discurso revela contumacia, suena, sin embargo, que si hubiera considerado a su buen hermano, debió ser guardián de la piedad. ¿A quién más que a su hermano debió cuidar? Pero, ¿cómo iba a guardar el deber de la hermandad, quien no había reconocido el afecto de la necesidad? ¿O cómo podría ser que obedeciera a la naturaleza, quien no exhibía reverencia a Dios? Niega primero como ante un ignorante: rechaza el deber de la custodia fraterna, como si fuera ajeno a la naturaleza: declina al juez, como si fuera libre de arbitrariedad. ¿Qué te sorprende si no reconoció la piedad, quien no reconoció al autor? Y por eso se te enseña en esta serie de Escrituras que la fe es la raíz de todas las virtudes. De donde también el Apóstol dice: Porque nuestro fundamento es Cristo (1 Cor. 3, 11); y lo que edifiques sobre este fundamento, solo eso contribuirá al fruto de tu obra y al mérito de la virtud.

29. Congruentemente, pues, respondió el Señor al que negaba tan imprudentemente, diciendo: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Génesis 4, 10), es decir, ¿por qué no sabes dónde está tu hermano? Estabais solos con dos padres, entre tan pocos no debía ocultarse tu hermano. ¿O porque tus padres no pueden ser acusadores? No quiero que esa necesidad que es autora de salvación, se convierta en autora de peligro. En ti solo la naturaleza ha perdido sus leyes. ¿Por eso crees que el crimen está oculto, porque los padres no deben acusar? Pero por eso es mayor tu condena. Pues si los queridos nombres de la necesidad no deben acusar, mucho menos deben matar. Pero si me rechazas como testigo, y rehúyes al árbitro, la voz de la sangre de tu hermano es testigo, que clama a mí. Ella te acusa con mayor autoridad que si tu hermano viviera. Estabais solos, ¿quién más pudo haberlo matado? Si acusas a los padres, pruebas que eres parricida. Pudo matar al hermano, quien no perdona a los padres. Pudo ser parricida, quien desea probar que desciende de parricidas.

30. Y bien dice: La voz de la sangre de tu hermano clama, no clama el hermano. Esto lo guarda la inocencia y la gracia de la hermandad incluso en la misma muerte. No acusa el hermano Abel, para no parecer parricida. No acusa la voz de él, no su alma, sino que acusa la voz de la sangre, que tú mismo derramaste. Por tanto, tu crimen, no el hermano, te acusa. Al mismo tiempo, se quita la queja al criminal. No puede quejarse del testimonio ajeno, quien confiesa el crimen con su propio acto. Menor es el discurso que el hecho. Sin embargo, también la tierra es testigo, que recibió la sangre. Y bien dice: La voz de la sangre de tu hermano clama desde la tierra: no dijo, clama desde el cuerpo del hermano, sino clama desde la tierra. Y si el hermano perdona, la tierra no perdona. Si el hermano calla, la tierra condena. Ella es, en ti, tanto testigo como juez: testigo más agudo, que aún está empapada con la sangre de tu parricidio: juez más severo, que ha sido tan gravemente violada, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano de tu mano. Y ella abrió su boca, como si fuera a recibir de los hermanos palabras de piedad, sin temer nada cuando veía a los hermanos, que sabía que el derecho de la hermandad era incentivo de amor, no de odio. Pues, ¿cómo podía sospechar parricidio, quien aún no había visto homicidio? Pero tú derramaste la sangre, cuyo contagio ella misma lamenta: No aumentará, dice, su fuerza para darte. ¡Qué inocente venganza, que habiendo sido tan gravemente violada, satisfecha con no beneficiar, no busque dañar!

31. No es un dogma menor lo que dice: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí; porque Dios escucha a sus justos incluso muertos, porque viven para Dios. Y con razón se consideran vivos; porque aunque hayan probado la muerte del cuerpo, sin embargo, captan la vida incorpórea, y son iluminados por el esplendor de sus méritos, y disfrutan de la luz eterna. Por tanto, escucha la sangre de los justos: pero se aparta de las oraciones de los impíos; porque aunque parezcan vivir, sin embargo, son más miserables que todos los muertos, llevando su carne como un sepulcro, en el que han enterrado su infeliz alma. Pues, ¿qué otra cosa es sino sepultada, la que se revuelca en la tierra, y está encerrada en los deseos de la avaricia terrenal y otros vicios, de modo que no puede respirar el aire de la gracia celestial? Un pecador de este tipo es maldecido por la tierra, que es la parte más baja y última del mundo. Sin duda, el cielo es superior, y lo que está en el cielo, el sol, la luna, y las estrellas, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, y las Potestades, los Querubines y los Serafines. No hay duda, por tanto, de que también lo han condenado las cosas superiores, a quien las inferiores han condenado. Pues, ¿cómo es absuelto por la pura y celestial sentencia quien no pudo ser absuelto por la tierra? Y por eso se le ordena ser errante y tembloroso sobre la tierra.

32. Es evidente y general la razón de que a todo impío le están presentes y le estarán los males. Los que están presentes, producen tristeza; los futuros, temor. Pero al impío le preocupan más los presentes que los futuros. De donde también Caín dijo a Dios: Mi causa es mayor de lo que se me pueda perdonar. Si me abandonas hoy, me esconderé de tu rostro. Pues nada es más grave que ser abandonado por Dios cuando se yerra, para que no pueda recuperarse. La muerte del pecador trae el fin de pecar: pero la vida destituida del gobierno divino se precipita, y cae en cosas más graves; como si el pastor dejara el rebaño, las bestias lo atacarían: así, cuando Dios abandona al hombre, el diablo se abalanza. Es grave, especialmente para los insensatos, no tener guía. La malicia se extiende, la herida se agrava, donde falta la medicina. Pero se esconde quien quiere cubrir la culpa, y ocultar el pecado. Pues quien obra mal odia la luz, y busca las tinieblas y los escondites de sus delitos. Pero el justo no se esconde de su Señor Dios, sino que más bien se ofrece diciendo: Aquí estoy yo, que no tengo conciencia criminal, que tema ser descubierta.

33. Con razón, pues, se esconde el que tiene mala conciencia, y dice: Todo el que me encuentre, me matará. El hombre de mente estrecha teme la muerte presente, descuida la perpetua, y no teme el juicio divino, solo suplica por la destrucción del cuerpo. Pero, ¿de quién temía ser asesinado, quien solo tenía padres en la tierra? Podía, en verdad, temer también el ataque de las bestias, quien había violado las leyes divinas; ni presumir de los demás animales sujetos, quien había enseñado que el hombre podía ser asesinado. Podía también temer a los padres parricidas, quien había enseñado que el parricidio podía cometerse. Pues los padres podían aprender del hijo, lo que los descendientes aprendieron del padre.

## CAPÍTULO X.

La amenaza de Dios, Si alguien matare a Caín, etc., se explica moralmente; en la señal puesta sobre él se declara la clemencia divina, así como en la demencia de Caín, que temió más la muerte temporal que la eterna. De aquí se diserta bellamente sobre la incorruptibilidad del alma y la vida futura. Finalmente, se muestra que no se debe emitir juicio apresuradamente, ni dejar el crimen sin castigo.

34. Ahora consideremos por qué dijo Dios: "Cualquiera que mate a Caín, siete veces será castigado" (Gén. IV, 15); y por qué se le puso una señal para que el parricida no fuera asesinado, cuando no se previó que el inocente no fuera muerto. El hombre es el octavo, tiene razón que lo hace superior a los demás, tiene también cinco sentidos corporales, tiene voz y tiene la gracia de engendrar. Estos siete, a menos que sean gobernados por la razón, están sujetos a la muerte; y por eso el necio en ellos tiene todo el peligro para sí mismo. Quien, por lo tanto, haya perdido esa razón, en vano se halagará con el uso de estos siete dones carnales. Todo esto se disuelve, a menos que esté atado por ciertas riendas de la razón. La muerte de la razón, por lo tanto, produce la muerte de las pasiones irracionales. Pero es mejor que el séptimo número sea de descanso y remisión. Por lo tanto, quien no perdonó a otro pecador y envidió el don de la remisión de los pecados, él mismo se arrebatará la esperanza de remisión, y en él habrá una medida igual de venganza por la gracia.

35. Pero el signo que puso sobre Caín, para que nadie lo matara, quiso hacer reflexionar al errante, y con su beneficio invitarlo a la corrección. Pues solemos confiar más fácilmente en aquellos de quienes tenemos gracia. Sin embargo, no concede mucho: sino que en eso mismo se venga de la imprudencia del insensato, quien, siendo sujeto a castigos perpetuos, no pidió que se le perdonara la pena, sino que pensó que debía suplicar por la vida de este cuerpo, en la cual hay más sufrimiento que placer. Pues la muerte es una en la separación del alma y el cuerpo, y al final de esta vida, que tan pronto como llega, suele quitar todos los dolores del cuerpo, no aumentarlos. Los miedos que frecuentemente asaltan a los que viven esta vida, las tristezas, los dolores, los gemidos, y las diversas torturas, las heridas de las enfermedades y las dolencias, también traen muchas muertes al género humano, de modo que esta muerte parece ser un remedio, no un castigo. Pues no es definitiva, ya que no quita la vida, sino que se transfiere a algo mejor. Porque si los culpables mueren, quienes no quisieron apartarse de los pecados; aunque sea a regañadientes, alcanzan el fin no de la naturaleza, sino de la culpa, para que no pequen más, para quienes la vida es un capital de delitos. Pero si son poseedores de buena esperanza, se debe creer que migran más que perecen.

36. Se inserta en este lugar la doctrina de la incorruptibilidad del alma, que es la verdadera y bienaventurada vida, que cada uno vive con buena conciencia mucho más pura y felizmente, cuando nuestra alma ha dejado el envoltorio de esta carne, y ha sido liberada de esta especie de cárcel corporal; volviendo a ese lugar superior, de donde, infundida en nuestras entrañas, gemía con compasión por este cuerpo, hasta que cumpliera la misión del timón encomendado; para que los movimientos irracionales de esta carne fueran gobernados y contenidos por la guía racional. De ahí que después los profetas fueron llevados al cautiverio con el pueblo de los judíos; para que el resto del pueblo de los santos no quedara desprovisto de protección y consejo, y no sufriera una mayor desgracia: sino que, más bien, advertido frecuentemente por los oráculos de los profetas, regresara a su Señor Dios con afecto piadoso; para que no, desgastado por las adversidades del cautiverio, cayera en el pecado de la infidelidad, y desesperara del remedio de la salvación eterna.

37. Por lo tanto, se reprende en este lugar a quienes piensan que esta es la única vida que existe en este mundo (todo está lleno de caídas, lleno de tristeza) y se les reprende con la simple secuencia de los hechos. Pues he aquí que el justo, inocente, piadoso, por la gracia de su devoción incurre en el odio de su hermano, y aún inmaduro en edad es arrebatado por el parricidio; y el inicuo, malvado, impío, incluso manchado por el asesinato fraternal, llevó una larga vida, tomó esposa, dejó descendencia, fundó ciudades, y esto lo mereció por permiso divino. ¿No clama abiertamente la voz de Dios en esto? Erráis, quienes pensáis que aquí está

toda la gracia de vivir: no entendedís, no advertís que esta vejez es veterana en miserias, y que la procesión de la edad es un salario de sufrimientos, y que estamos rodeados por un uso esciloso de naufragios diarios, golpeados por las olas, viviendo en habitáculos rocosos, y deleitándonos en ellos, como aquel animal no tanto eterno, sino un mal inmortal. Por lo tanto, también a este Caín se le concedió longevidad, como venganza; porque vivió en miedo, y recorrió un largo espacio con mucho e infructuoso trabajo, que es un castigo más grave que ser uno mismo la causa de mayores penas. Mira, pues, cuán perpetua es la vida de los justos, y nula la de los malvados. La sangre de los justos clama incluso después de muertos, pero la vida del pecador se oculta.

38. En tercer lugar, puesto que se había cometido un parricidio, es decir, el principado de los crímenes, donde el pecado se infiltró, inmediatamente debía prorrogarse la ley de la mansedumbre divina; para que si se hubiera vengado inmediatamente en el culpable, los hombres tampoco guardarán ninguna paciencia y moderación al vengarse, sino que inmediatamente entregaran a los culpables al castigo. La providencia de la sentencia divina es de tal modo que enseñó magnanimidad y paciencia a los jueces; para que nadie se apresurara con el afán de venganza, y con la misma inmadurez de la deliberación castigara al inocente, o agriara el castigo del iracundo: pero tampoco permitiera que quedara completamente impune en aquel que no había asumido ningún arrepentimiento del crimen. Pues lo rechazó de su presencia, y separado de sus padres lo relegó a un cierto exilio de habitación separada; porque había pasado de la mansedumbre humana a la crueldad de las bestias. Sin embargo, no quiso que el homicida fuera vengado con homicidio, quien prefiere la corrección del pecador a su muerte. De ahí que en Lamec se vengue setenta veces siete; porque su culpa es más grave, ya que ni siquiera después de la condena se corrigió por el ejemplo de otro. Caín había pecado antes por un cierto impulso imprudente: Lamec ciertamente debía haber evitado lo que había visto reprendido en otro. A su propio juez se le debía la sentencia, para que nadie pensara que el culpable debía ser golpeado al azar. Y para que llegues al misterio, no debía matar a aquel que hasta el término natural de su muerte tenía un espacio para hacer penitencia. Podría excusarse que se hubiera redimido a sí mismo incluso con una acción tardía de penitencia, si no lo hubiera arrebatado un castigo prematuro.